



Stefan Zweig

Miedo

TRADUCCIÓN DE
ROBERTO BRAVO DE LA VARGA



Lectulandia

Irene Wagner lleva una vida acomodada y sin preocupaciones junto a su marido y sus dos hijos. Sin embargo, tras ocho años de matrimonio, los bailes, el teatro, la ópera y otras actividades sociales se le antojan predecibles y anodinas. Así, más por fantasía novelesca que por auténtico deseo, inicia una relación con un joven pianista. Pero pronto una mujer la descubre cuando sale del apartamento de su amante e Irene se ve obligada a ceder a un terrible chantaje. El terror de ser descubierta por su marido y de perder todo lo que posee y, ahora descubre, tanto necesita y ama, la sumirá en una tormentosa pesadilla.

Escrita en 1913 y publicada por primera vez casi una década más tarde, «Miedo» es una de las “nouvelles” más sobrecogedoras de Stefan Zweig, con un final tan sorprendente para la protagonista como para el lector.

Lectulandia

Stefan Zweig

Miedo

ePub r1.0

Titivillus 05.05.2018

Título original: *Angst*
Stefan Zweig, 1913
Traducción: Roberto Bravo de la Varga

Editor digital: Titivillus
Autor de portada: Leonard Beard
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Al bajar por la escalera de la casa de vecindad donde vivía su amante, doña Irene volvió a sentir cómo se apoderaba de ella, en un instante, aquel absurdo miedo. De pronto, un negro torbellino comenzó a girar ante sus ojos, un frío terrible paralizó sus rodillas y tuvo que agarrarse a toda prisa al pasamanos para no caer de bruces. No era la primera vez que se había aventurado a ir a verle asumiendo el riesgo que comportaba; el súbito estremecimiento de temor no le era en absoluto desconocido, pero por mucho que se mentalizase, cada vez que regresaba a casa, acababa sucumbiendo a estos absurdos ataques de miedo, un miedo ridículo, infundado. No cabía duda de que acudir a la cita resultaba mucho más fácil. Ordenaba detener el coche en la esquina de la calle, recorría a toda prisa, sin levantar la mirada, los pocos pasos que la separaban del portal y subía las escaleras a toda velocidad, sabiendo que él ya estaba esperándola dentro, detrás de la puerta, que se abría rápidamente, de modo que ese miedo inicial, en el que, por otra parte, también ardía una llama de impaciencia, se deshacía en el cálido abrazo con el que se saludaban. En cambio luego, cuando tenía que volver a casa, surgía un sentimiento distinto, misterioso y escalofriante, un temor en el que se mezclaban el recelo que provocaba la culpa y la idea obsesiva e irracional de que los desconocidos con los que se cruzaba por la calle sabían de dónde venía con sólo mirarla y, por eso, cada vez que alguien le sonreía se sentía desconcertada, era como si estuvieran burlándose de ella descaradamente. Los últimos minutos que pasaban juntos ya estaban envenenados por la creciente inquietud ante lo que se le venía encima; al marcharse le temblaban las manos por los nervios y las prisas, escuchaba distraída las palabras de él y rechazaba bruscamente las muestras de pasión que había reservado para estos instantes finales; lo único que quería era salir de allí, huir de aquella casa, la de su amante, dejar aquella aventura y regresar al mundo tranquilo, burgués en el que vivía. Apenas se atrevía a mirarse en el espejo por temor a lo que pudiera ver en él; sin embargo, debía comprobar si su vestido estaba en orden, si no había nada fuera de lo común que pudiera delatar el secreto de su apasionado encuentro. Llegaban entonces unas últimas palabras que trataban en vano de tranquilizarla y que ella apenas oía en su excitación, permanecía un segundo detrás de la puerta escuchando con cautela, tratando de saber si alguien subía o bajaba por la escalera. En cualquier caso, afuera aguardaba ya el miedo, impaciente por apoderarse de ella, oprimiéndole y paralizándole el corazón hasta dejarla sin aliento. Había hecho acopio de todas sus fuerzas, pero no había bajado más que unos pocos escalones, cuando notó que su ánimo empezaba a flaquear.

Se quedó un minuto de pie, con los ojos cerrados y el pecho agitado, tratando de llenar sus pulmones con el aire fresco de la oscura escalera. De pronto, una puerta se cerró en uno de los pisos superiores. Volvió en sí sobresaltada y bajó a toda prisa el resto de los escalones sujetando con fuerza, casi sin darse cuenta, el grueso velo que cubría su rostro. Ahora debía enfrentarse al momento más terrible y arriesgado, la ansiedad que le provocaba salir a la calle desde un portal ajeno y encontrarse acaso

con un conocido que pasase por allí y que le preguntaría inmediatamente de dónde venía, una situación más que embarazosa, que la obligaría a inventar una delicada mentira. Bajó la cabeza como hace un saltador al coger carrerilla y se dirigió a toda prisa, completamente decidida, hacia la puerta de la calle, que estaba entreabierta.

Entonces chocó con violencia contra una mujer que parecía entrar en ese mismo momento:

—Perdóneme —dijo confusa.

Trató de seguir su camino a toda prisa, pero aquella persona se colocó en medio de la puerta cerrándole el paso. Clavó sus ojos en ella con ira. Había en su rostro una mueca burlona que no se molestó en disimular.

—¡Por fin la he pillado! —gritó con voz estridente, sin importarle el escándalo que pudiese provocar—. Una mujer respetable... ¡claro que sí! ¡Al menos es lo que dicen todos! Como no tiene suficiente con su marido, su dinero y todo lo que posee, viene a quitarle el novio a una pobre chica como yo...

—¡Por el amor de Dios...! ¿Pero qué dice...? Creo que se confunde usted... —tartamudeo doña Irene.

Como si fuera una niña trató de escapar escurriéndose por un lado de la puerta, pero aquella mujer había plantado su enorme cuerpo justo en medio y respondió reprochándole con voz chillona:

—No, no me confundo... La conozco muy bien... Viene de casa de Eduard, mi novio... ¡Por fin la he pillado! Ahora sé por qué tiene tan poco tiempo para mí últimamente... Es por usted... ¡Por una vulgar...!

—¡Por el amor de Dios —la interrumpió doña Irene con un hilo de voz que amenazaba con quebrarse en cualquier momento—, no grite tanto!

Casi sin darse cuenta retrocedió de nuevo al zaguán. La mujer la observaba con gesto burlón. El miedo estaba haciendo flaquear a Irene, su desesperación era evidente y esto pareció gustar a la mujer, que examinó detenidamente a su víctima con aire de suficiencia y una sonrisa entre orgullosa y sarcástica. Aquello le producía una grosera satisfacción y su voz se apaciguó, ahora tenía incluso un tono agradable.

—O sea que éste es el aspecto que tienen las damas nobles, distinguidas, felizmente casadas, cuando salen a robarle el novio a las demás. Se cubren el rostro con un velo, naturalmente, para que no las reconozcan y poder representar su papel de mujer respetable en cualquier parte...

—¿Qué... qué es lo que quiere de mí...? Yo no la conozco... Debo marcharme...

—Marcharse... Sí, naturalmente... Con su señor esposo... Estará deseando retirarse a sus aposentos, en el calor de su hogar, fingir que es una dama distinguida y pedir a la doncella que le ayude a desvestirse... Lo que nosotros tengamos que bregar o que reventemos de hambre... eso le trae sin cuidado... ¡Faltaría más! ¡Una dama tan respetada puede permitirse robarle lo que quiera a alguien como yo, aunque sea lo único que tiene...!

Irene sacó fuerzas de flaqueza y, obedeciendo a un misterioso impulso, cogió el

monedero y sacó los billetes que llevaba encima en ese momento.

—Mire... aquí tiene... Y ahora déjeme... ¡No volveré por aquí jamás...! ¡Se lo juro!

La mujer cogió el dinero con una mirada maliciosa.

—¡Sinvergüenza! —murmuró mientras guardaba los billetes.

Doña Irene se estremeció al oír aquella palabra, cuando vio que la mujer se apartaba de la puerta y le dejaba el paso libre, salió atropelladamente, confusa y sin aliento, como un suicida que se aleja de la torre desde la que ha estado a punto de saltar. Andaba a toda prisa, los rostros de los transeúntes con los que se cruzaba le parecían figuras grotescas, deformes y cuando llegó a la esquina de la calle se le nubló tanto la vista que a duras penas logró detener a un coche. Se precipitó dentro del vehículo y su cuerpo cayó entre los cojines como un objeto inerte; todo su ser se encontraba petrificado, inmóvil, y cuando el conductor asombrado preguntó a la extraña pasajera a dónde iba, Irene se quedó un instante en silencio, con la mirada perdida, hasta que su cerebro aturdido encontró finalmente las palabras.

—A la estación del Sur —dijo de forma atropellada. En ese momento le asaltó la idea de que aquella mujer pudiera estar siguiéndola y añadió—: ¡Rápido, rápido, arranque ya!

Sólo cuando ya estaba en marcha se dio cuenta de lo mucho que le había afectado aquel encuentro. Se tocó las manos que colgaban de su cuerpo petrificadas y frías, como si estuvieran muertas. De repente comenzó a temblar, su cuerpo se estremecía espasmódicamente. Notaba un sabor amargo en la garganta, sentía náuseas y, al mismo tiempo, una ira absurda, sorda, que se revolvía en el interior de su pecho como si fuera un calambre. Le habría gustado gritar o empezar a dar golpes como una loca, liberarse de aquel espantoso recuerdo que se había clavado en su cerebro igual que un anzuelo, de aquel rostro adusto, de su risa burlona, de la vulgaridad de aquella proletaria con su fétido aliento, su boca seca, llena de odio, que le escupía a la cara groseros insultos, mientras levantaba su puño crispado con gesto amenazador. El malestar iba en aumento, ascendía poco a poco hacia la garganta; por otra parte, el coche rodaba a toda velocidad, acelerando, girando violentamente en las curvas. Iba a pedirle al conductor que fuera más despacio, cuando se le ocurrió pensar que tal vez no le quedara suficiente dinero para pagarle, pues todos los billetes que llevaba se los había entregado a aquella chantajista. Al momento indicó al conductor que parara y se apeó inmediatamente dejándole de nuevo asombrado. Por fortuna, aún le quedaba suficiente dinero. Pero entonces se encontró en medio de un barrio desconocido, rodeada de obreros. Cada palabra que decían o cada mirada que le lanzaban le provocaban un malestar casi físico. Por otra parte, sus rodillas flojeaban por el miedo. Casi sin darse cuenta empezó a caminar. Debía llegar a casa y, haciendo acopio de todas sus fuerzas, se puso a recorrer las calles realizando un esfuerzo sobrehumano, como si estuviera atravesando un cenagal o un campo nevado en el que se hundía hasta las rodillas. Finalmente llegó a su casa, donde entró como un vendaval,

nerviosa y agitada. Sin embargo, moderó su desenfreno inmediatamente para no llamar la atención mientras subía las escaleras.

La doncella le quitó el abrigo. Oyó ruido en el cuarto de al lado. Su hijo pequeño jugaba con su hermanita menor. Dondequiera que posase su mirada, encontraba algo propio, de lo que se sentía dueña y que le ofrecía seguridad. Fue así como recuperó la calma, al menos por fuera, ya que íntimamente seguía sintiendo la ola de agitación que se levantaba y se abatía dolorosamente contra su pecho aún oprimido. Se quitó el velo y recompuso su rostro con la firme voluntad de ofrecer un aspecto relajado. Luego entró en el comedor, donde su marido leía el periódico junto a la mesa puesta ya para la cena.

—Llegas tarde, querida Irene —la saludó con un ligero tono de reproche.

Entonces se levantó y la besó en la mejilla. Un penoso sentimiento de vergüenza envolvió su corazón casi sin darse cuenta. Se sentaron a la mesa. Distráido, sin apartar apenas la vista del periódico, su marido le preguntó:

—¿Dónde has estado tanto tiempo?

—Estuve... en... en casa de Amélie... —Y luego añadió—: Tenía que salir a hacer algunos recados... y decidí acompañarla...

Estaba enfadada consigo misma por su falta de previsión y por haber mentido tan mal. Por lo general, siempre traía preparada de antemano una mentira cuidadosamente estudiada que soportase cualquier posible interrogatorio. Hoy, en cambio, el miedo le había hecho olvidarse de este detalle y se había visto obligada a improvisar una excusa bastante torpe. No quería ni pensar en las consecuencias si, como ocurría en una de las obras de teatro que habían visto recientemente, su marido decidía coger el teléfono y preguntar...

—¿Qué te pasa...? Pareces nerviosa... ¿Y por qué no te has quitado el sombrero? —le preguntó su marido.

Ella sintió un escalofrío. Verse sorprendida por segunda vez la desconcertó. Se levantó a toda prisa y fue a su habitación a quitarse el sombrero. Al hacerlo, observó en el espejo la inquietud que revelaban sus ojos. Esperó hasta que su mirada volvió a parecerle segura y firme, y entonces regresó al comedor.

La doncella llegó con la cena y la velada se desarrolló como todas las demás, tal vez algo más sobria y menos animada de lo normal, una velada con una conversación insulsa, que avanzaba a trompicones y de vez en cuando se agotaba. Sus pensamientos volvían atrás una y otra vez. Sentía un estremecimiento cuando revivía aquellos minutos angustiosos cara a cara con la chantajista. Entonces levantaba la mirada y volvía a sentirse segura. Reparaba en cualquiera de las cosas que la rodeaban, en su cercanía embriagadora, todo lo que contenía aquella habitación ocupaba su sitio, estaba asociado con un recuerdo y tenía un significado. Pensar en ello aliviaba su inquietud. El reloj de pared rompía el silencio con su paso firme, sosegado, casi sin darse cuenta transmitía a su corazón su ritmo cadencioso, seguro, despreocupado.

A la mañana siguiente, cuando su marido se fue al despacho y los niños salieron a dar un paseo, ella se encontró por fin a solas consigo misma. La clara luz de la mañana hacía que aquel espantoso encuentro, una vez pasado, resultase mucho menos amenazador. En primer lugar, pensó en su velo. Era muy tupido y no parecía posible que aquella mujer hubiera logrado distinguir a través de él los rasgos del rostro de doña Irene y mucho menos que pudiera reconocerla. Luego, con tranquilidad, fue sopesando las medidas que tomaría a partir de entonces. Jamás volvería a verse con su amante en casa de éste. Era la forma más segura de evitar que se produjera de nuevo un incidente semejante. Siempre cabía la posibilidad de que se encontrase casualmente con aquella mujer, aunque el riesgo de que tal cosa ocurriese era muy bajo. No la había seguido, ya que había salido huyendo de allí en coche. Ignoraba tanto su nombre como su dirección y tampoco había de temer que reconociese su rostro, que había mantenido oculto en todo momento. No obstante, decidió contemplar también este extremo y no dejar nada al azar. Quería estar preparada. Liberada ya de la tortura del miedo, doña Irene decidió en ese momento que, pasara lo que pasara, mantendría la serenidad y se limitaría a negarlo todo, respondería fríamente asegurando que se trataba de un error y, como no había forma de demostrar que aquella visita se hubiera producido, lo más seguro es que la mujer la dejase en paz y abandonase la idea de chantajearla. No en vano, doña Irene era la esposa de uno de los abogados más reputados de la capital, sabía por conversaciones con algunos colegas de su marido que los chantajes había que atajarlos de raíz y mostrando la máxima frialdad; cualquier vacilación, cualquier indicio de debilidad por parte de la víctima no hacía más que fortalecer al adversario dándole aún más poder sobre ella.

Lo más urgente era escribir una breve nota a su amante, diciéndole que no podría verle la tarde siguiente a la hora convenida y tampoco en los próximos días. Al releer la carta, en la que por primera vez estampaba su firma, le pareció que había utilizado un tono excesivamente frío. Estaba a punto de sustituir las palabras más secas por otras más amables, cuando, de repente, recordó el encuentro del día anterior. Aunque no fuera consciente de ello, estaba resentida por lo que aquella mujer le había revelado y esto explicaba la frialdad de aquellas líneas. La conciencia de haber ocupado el lugar que había dejado en el corazón de su amante una persona tan grosera y ruin había herido su orgullo. Con este ánimo releyó las palabras que había escrito y no le pareció mal tomarse una pequeña venganza mostrándose fría y dejando claro que decidiría a su antojo si volvía a verle o no.

Había conocido a aquel joven, un pianista que empezaba a gozar de cierta fama en círculos reducidos, durante una velada, donde mantuvieron una conversación casual. Pronto, sin ni siquiera proponérselo y casi sin ser consciente de lo que estaba pasando, se había convertido en su amante. No se puede decir que el deseo de estar con él inflamase su sangre, no había sido algo sensual y, en el fondo, tampoco algo espiritual lo que la había unido al muchacho: se había entregado sin necesitarlo ni

desearlo verdaderamente, tal vez por la pereza de resistirse a la voluntad de él o por una especie de curiosidad. Nada en ella, ni el ardor de la sangre, apaciguado por una feliz vida conyugal, ni la necesidad tan común en las mujeres de buscar satisfacción para sus intereses espirituales, la había impulsado a buscarse un amante, era absolutamente feliz al lado de su esposo, un hombre acaudalado, superior a ella en el plano intelectual, con dos hijos, sin ninguna preocupación, satisfecha de poder disfrutar de una vida acomodada, plenamente burguesa, apacible y sin sobresaltos. Sin embargo, en ocasiones, un ambiente agradable y relajado excita la sensualidad más que el bochorno o la tormenta, una existencia dichosa y equilibrada puede ser un acicate más eficaz que la desdicha y, para muchas mujeres, la falta de deseo resulta tan fatídica como la insatisfacción o la desesperanza. La saciedad puede ser tan estimulante como el hambre, y esa vida regalada, carente de peligros, despertó en ella la sed de aventuras. Nada en su vida la contrariaba, vivía rodeada de dulzura por todas partes, allá donde fuera encontraba paz, ternura, calidez, cariño y respeto; sin sospechar que la moderación no depende del exterior, sino que, al contrario, es un mero reflejo de la falta de tensión interna, Irene sintió que aquel engañoso bienestar de algún modo la alejaba de la vida real.

Los melancólicos sueños de la adolescente que deseaba un gran amor, una pasión exaltada, habían quedado adormecidos por el sereno afecto de los primeros años de matrimonio y la emoción de una temprana maternidad, que fue como un juego para ella. Ahora, en cambio, a punto de cumplir los treinta, ese mundo comenzaba a despertar de nuevo y, como cualquier mujer, se sintió capaz de vivir una gran pasión, aunque no tuviera la voluntad ni el valor necesarios para pagar el precio de la aventura: el riesgo. Cuando aquel joven se acercó a ella, disfrutaba del momento cumbre de su felicidad, ¿qué más habría podido desear? Volvió a sentir entonces la fuerza del deseo, que él no se molestó en disimular. Rodeado por el romanticismo del arte, penetró en su mundo burgués, donde los demás hombres se contentaban con celebrar su belleza con comentarios inocentes, cortejándola con todo respeto, sin deseársela verdaderamente. Por primera vez desde su adolescencia volvió a sentir una viva excitación en lo más hondo de su ser. No habría podido decir qué la atrajo de él. Tal vez fuera esa sombra de tristeza que se extendía sobre su rostro haciéndolo tan interesante, aunque no sabía a ciencia cierta si se trataba de una pose artificial bien estudiada o de la impronta que habían dejado en él sus melancólicos pensamientos. Para ella, rodeada siempre de burgueses pagados de sí mismos, ese velo de tristeza era el reflejo de un mundo superior, que salía a su encuentro con mil colores en los libros que leía y se agitaba en las románticas obras de teatro a cuyas representaciones acudía, por eso, casi sin darse cuenta, se inclinó sobre el borde de sus sentimientos cotidianos para contemplarlo. Un cumplido para alabar la belleza de su música y de aquellos instantes, seguramente más apasionado que hábil, le había hecho levantar los ojos del piano y aquella primera mirada se posó en ella. Irene se estremeció y, al mismo tiempo, sintió la voluptuosidad que esconde el miedo. Una conversación en la

que todo parecía avivado y alumbrado por un fuego oculto excitó su curiosidad, ya despierta, hasta tal punto que se sintió incapaz de rechazar la invitación para encontrarse de nuevo con él en otro concierto. A partir de entonces empezaron a verse con más frecuencia y pronto dejó de ser por casualidad. No creía tener gusto para la música y tampoco confiaba demasiado en su sensibilidad para el arte, seguramente con razón, pero el hecho de que él, un verdadero artista, valorase sus opiniones como si fueran las de una experta y recurriese una y otra vez a ella para pedir consejo, no dejó de halagarla; por eso, cuando pocas semanas más tarde le propuso tocar para ella y sólo para ella su última obra... no dudó un instante en aceptar la invitación. Puede que sus intenciones fueran más o menos rectas, pero lo cierto es que Irene acabó sucumbiendo a sus besos y, finalmente, se sorprendió a sí misma entregándose por entero al joven. Al principio se sintió asustada por este inesperado giro hacia lo sensual. El misterioso temblor que hasta entonces había acompañado su relación se rompió de repente y apareció la conciencia de culpa por un adulterio que en realidad no había planeado. Trató de justificarse y lo logró de algún modo convenciéndose a sí misma de que aquella había sido la primera oportunidad que había tenido para enfrentarse al mundo burgués en el que vivía y lo había hecho por iniciativa propia o, al menos, eso quiso creer. El horror ante la traición que había cometido duró algunos días, pero luego su vanidad se encargó de transformarlo en algo distinto, en lo que podía pensar incluso con orgullo. Sin embargo, pasados los primeros momentos, todas estas emociones acabaron perdiendo su poder de seducción. Incluso en estas circunstancias, su instinto la prevenía contra esta persona y, sobre todo, contra lo que ella percibía como frescura y originalidad, que tanto la había atraído. Su extravagante forma de vestir, su carácter bohemio, los altibajos en su situación económica, que fluctuaba eternamente entre el derroche y la miseria, repugnaban a su sensibilidad burguesa. Como la mayoría de las mujeres, amaba al artista siempre que estuviera envuelto en un halo de romanticismo, guardase las distancias y respetase los límites de la corrección: era como un animal salvaje que resultaba deslumbrante cuando estaba encerrado detrás de los barrotes de las buenas costumbres. La pasión que la embriagaba mientras lo escuchaba tocar al piano, le resultaba inquietante cuando se entregaban al amor. No le gustaban aquellos abrazos bruscos, aquellos violentos arrebatos, que mostraban una deliberada falta de consideración hacia su persona. No podía evitar compararlos con las caricias de su marido, todavía tímido y profundamente respetuoso después de tantos años de matrimonio. Sin embargo, ahora que se había consumado la infidelidad, volvía una y otra vez a los brazos de su amante, sin sentirse dichosa ni decepcionada, casi como un deber con el que debía cumplir obligada por la fuerza de la costumbre. Era de esa clase de mujeres que podemos considerar coquetas, incluso frívolas, aunque con un carácter burgués tan marcado que necesitan atenerse a un orden incluso en el adulterio y, si se entregan al libertinaje, deben darle antes un aspecto doméstico, por decirlo de algún modo; hasta el sentimiento más inconfesable debe disfrazarse pacientemente con la máscara de la

cotidianidad. Al cabo de unas pocas semanas, este joven, su amante, tenía un lugar en su vida, donde encajaba limpiamente; le dedicaba, igual que a sus suegros, un día a la semana; de alguna manera se las había arreglado para que esta nueva relación no alterase en modo alguno el antiguo orden, no había tenido que renunciar a nada, simplemente había añadido a su vida un elemento más. Tener un amante no supuso, de entrada, ningún cambio en el mecanismo que regulaba su existencia, al contrario, vino a ampliar aún más su felicidad, como un tercer hijo o un coche, por lo que pronto su aventura le pareció tan banal como cualquier otro placer socialmente permitido.

Ahora que había tenido que pagar por primera vez un precio por sus devaneos, ahora que había sentido el peligro, empezó a calcular su valor con más cuidado. Mimada por el destino, rodeada del amor de su familia, sin nada que perder y nada que ganar gracias a su buena estrella, aquel primer contratiempo le pareció más de lo que se podía tolerar. Desde luego no estaba dispuesta a renunciar a un ápice de su paz interior y, si era necesario, sacrificaría a su amante sin pensárselo dos veces para no poner en peligro su bienestar.

La nerviosa respuesta de su amante, inspirada por el pánico, se la trajo un mensajero al medio día; la carta, donde imploraba compungido, se lamentaba, la acusaba, hizo que Irene se replantease una sentencia, poner fin a su aventura, que creía firme. Tanta solicitud halagaba su vanidad y la desesperación que mostraba el joven inflamó sus sentimientos hasta el éxtasis. Su amante le rogaba con la mayor insistencia que accediese a un encuentro fugaz para poder aclarar, por lo menos, si había tenido alguna culpa o si por alguna razón la había herido sin saberlo. La atrajo la idea de seguir jugando con él, fingiendo enojo y rechazándolo sin motivo alguno para reafirmarse más aún. La emoción la embargaba, pero como sucede con todas las personas que en el fondo son frías, a pesar de estar rodeada por las llamas de la pasión, no llegó a arder en ningún momento. De repente, se acordó de una pastelería en la que se había citado con un actor cuando era joven, una anécdota pueril a los ojos de una mujer respetable y acomodada como era ella ahora, y lo citó allí. Sonrió para sus adentros pensando lo extraño que resultaba ver florecer el romanticismo en su vida después de tantos años de matrimonio, en los que había ido marchitándose. Casi daba por bien empleado el desagradable encuentro del día anterior con aquella mujer, si había servido para que conociera un sentimiento tan auténtico, tan intenso y estimulante que sus nervios, normalmente tranquilos y relajados, seguían estremeciéndola.

Esta vez escogió un vestido oscuro, que no llamase la atención, y otro sombrero para confundir a aquella mujer en caso de encontrarse de nuevo con ella. Llevaba un velo para disimular sus facciones, pero el orgullo la invitó a prescindir de él en el último momento. ¿Acaso no se iba a atrever ella, una mujer apreciada y respetada, a salir a la calle por miedo a encontrarse cara a cara con una cualquiera a la que no conocía de nada? El temor ante el peligro le produjo una extraña excitación, estaba

dispuesta a dar la batalla, de hecho sería un placer, le resultaba emocionante e incluso tentador, era una sensación semejante a la que se tiene al pasar los dedos por el helado filo de un puñal o al mirar el cañón de un revólver cuya negra ánima oculta la muerte. El escalofrío que experimentaba al pensar en la aventura no se podía comparar con el tibio bienestar de su plácida vida, la atraía el juego, aceptar un nuevo desafío, una idea que tensaba maravillosamente sus nervios y hacía saltar chispas en su sangre.

En el instante en que pisó la calle le sobrevino el miedo, un temblor fugaz, un estremecimiento nervioso, frío, húmedo, como cuando uno sumerge la punta de los pies en el agua para comprobar la temperatura antes de zambullirse por completo en las olas. Durante un segundo, el frío recorrió todo su cuerpo, luego, de repente, sintió una extraña efervescencia que iba creciendo e inundando su ser, las ganas de vivir, el placer de salir al mundo, de andar con paso ligero, firme y ágil, con fuerza, con decisión, una forma de caminar en la que apenas se reconocía a sí misma. Lamentó que la pastelería se encontrase tan cerca, pues era como si una fuerza la empujara a seguir adelante en pos de la aventura que la atraía misteriosamente con su magnetismo. Por desgracia, ya casi era la hora en la que había de encontrarse con su amante y una agradable sensación de seguridad fluía por sus venas anunciándole que él ya estaba esperándola. Cuando Irene entró lo vio sentado en un rincón. Se levantó de un salto mostrando una turbación que le resultó agradable y penosa al mismo tiempo. Tuvo que pedirle que bajase la voz, hablaba con ardor, su agitación interior se había transformado en un torbellino de preguntas y reproches hacia ella que salpicaba a su alrededor. No quiso revelar abiertamente el verdadero motivo de su ruptura, jugó con insinuaciones que sólo consiguieron inflamarlo aún más por su vaguedad. Pero ella no accedió a ninguna de sus demandas, incluso evitó hacerle promesa alguna, pues sentía que negarse, rechazarlo de pronto con tanto misterio, exacerbada el deseo del joven... Y cuando después de media hora de ardiente conversación lo abandonó sin ofrecerle la menor muestra de ternura y sin haber prometido nada en absoluto, un extraño sentimiento ardía en su interior, un sentimiento que no había vuelto a tener desde que era una muchacha. Era como la brasa que arde sin llama, oculta en el fondo, esperando que el viento avive el fuego y surja una hoguera que se levante por encima de las cabezas de los que la rodean. Respondía a cada una de las miradas que le dedicaban por la calle, mientras caminaba apresuradamente. Nunca había captado la atención masculina de tal forma. Aquel inesperado éxito despertó su curiosidad. Quiso ver su propio rostro y se paró de repente delante de los espejos del escaparate de una floristería para admirar su belleza enmarcada por rosas rojas y violetas, que brillaban con el rocío. Se vio radiante, atractiva y joven, mientras los labios voluptuosamente entreabiertos le sonreían desde el otro lado con satisfacción. Siguió caminando como si tuviera alas en los pies. Deseaba librarse de cualquier cadena, bailar, entregarse al vértigo, romper el ritmo habitualmente moderado de sus pasos. Al pasar por la iglesia de San Miguel le disgustó oír el reloj que anunciaba la hora de

volver a casa, a su mundo estrecho, ordenado. Desde sus días de juventud no había vuelto a sentirse tan ligera, tan receptiva a todas las sensaciones, ni siquiera al comienzo de su matrimonio, ni siquiera los abrazos de su amante la habían estimulado tanto; sentía chispas por todo su cuerpo y la idea de someterse a un horario y echar a perder esta extraña sensación de libertad, esta dulce efusión de la sangre se le hizo insoportable. Continuó caminando con paso cansado. Cuando llegó a su casa, se detuvo una vez más sin saber qué hacer. Inspiró aquel aire ardiente, la embriaguez de aquel instante ensanchó de nuevo su pecho, deseaba sentir en lo hondo del corazón la última ola de una marea que ahora volvería a bajar, de una aventura que ya se perdía a lo lejos.

Entonces alguien le tocó el hombro. Ella se giró.

—¿Qué...? ¿Qué quiere usted ahora? —balbuceó.

Se había llevado un susto de muerte al encontrarse de repente con el rostro odiado y se asustó aún más al oír las fatales palabras que acababa de pronunciar. Se había propuesto no reconocer a esta mujer si alguna vez volvía a encontrarse con ella, negarlo todo, plantar cara a la chantajista... Ahora era demasiado tarde.

—Llevo media hora esperándola aquí, señora Wagner.

Irene se estremeció al oír su nombre. Aquella persona sabía su nombre, su dirección. Ahora todo estaba perdido, la tenía a su merced, no había salvación. Sentía las palabras entre los labios, palabras cuidadosamente preparadas y calculadas, pero su lengua estaba paralizada y sin fuerza, incapaz de producir sonido alguno.

—Es verdad. Hace media hora que la espero, señora Wagner.

La mujer repitió sus palabras con un tono de reproche que sonaba amenazador.

—¿Qué quiere usted...? ¿Qué quiere usted de mí...?

—Ya lo sabe, señora Wagner. —Irene volvió a estremecerse al oír su nombre—. Sabe perfectamente por qué he venido.

—No he vuelto a verle... y ahora déjeme... No volveré a verle nunca más... Nunca...

La mujer esperó tranquilamente hasta que Irene no pudo soportar más la tensión, y entonces dijo con aspereza, como si se dirigiese a una subordinada:

—¡No mienta! ¡La he seguido hasta la pastelería! —Irene dio un paso atrás y la mujer añadió en tono burlón—: No tengo otra cosa que hacer, ¿sabe? Me han despedido. Dicen que no hay trabajo. Corren malos tiempos. Bueno, no hay mal que por bien no venga, así puedo salir a pasear por la ciudad... igual que hacen las mujeres respetables —dijo maliciosamente con un frialdad que heló el corazón de Irene.

Se sentía indefensa frente a la cruda brutalidad que empleaba aquella mujer tan vulgar. El miedo se arremolinó en su pecho al pensar que pudiera levantar la voz o que su marido pasara de repente por allí. Entonces todo estaría perdido. Buscó a tientas en el manguito que llevaba para abrigarse las manos, abrió con rapidez su bolso de plata y sacó un puñado de dinero. Con repugnancia lo puso en la mano que

la mujer alargaba hacia ella con descaro, sin prisas, segura de su botín.

Sin embargo, a diferencia de lo que había sucedido en la ocasión anterior, la mano no se retiró humildemente después de recoger el dinero, sino que se quedó inmóvil, flotando en el aire, abierta como una garra.

—¡Deme también el bolso de plata, no vaya a ser que pierda el dinero! —añadió burlonamente aquella boca de labios prominentes, abultados, con una risa frívola, burbujeante.

Por un segundo, Irene la miró a los ojos. No podía tolerar esta burla grosera, descarada. Una sensación de asco atravesó todo su cuerpo como un dolor ardiente. ¡Sólo quería marcharse, marcharse y no volver a ver jamás esa cara! Le dio la espalda y con un rápido movimiento se desprendió de su precioso bolso y se lo entregó, luego subió corriendo las escaleras presa del horror.

Su marido no había llegado aún a casa, así que pudo echarse en el sofá. Permaneció inmóvil, como si se hubiera desplomado sobre ella un martillo. De vez en cuando, sus dedos se estremecían involuntariamente y una sacudida recorría el brazo hasta llegar al hombro. Su cuerpo no tenía fuerzas para defenderse frente a esta violencia, para resistirse al espanto que se apoderaba de ella. Sólo cuando escuchó la voz de su marido desde fuera, se puso en pie penosamente y fue arrastrándose hasta la habitación de al lado, ausente, como una autómatas.

A partir de entonces, el temor se asentó en su casa y no volvió a salir de aquellas habitaciones. Las horas vacías le devolvían una y otra vez oleadas de imágenes que traían a su memoria aquel desgraciado encuentro. Su situación era desesperada y ella lo sabía. Por incomprensible que resultase, aquella mujer conocía su nombre y su dirección, y como ya había tenido éxito en dos ocasiones, no había duda de que seguiría chantajeándola y no tendría reparo en recurrir a cualquier medio para aprovecharse de ella. Tendría que cargar con ese peso durante años y años, su presencia sería como una pesadilla de la que uno no puede desprenderse por mucho que lo intente y por desesperante que sea, ya que aunque tenía dinero y era esposa de un hombre acaudalado, no podía disponer de una suma de dinero tan importante como para librarse de esta persona de una vez por todas, sin que su marido se enterase. Por otra parte, si debía atender a lo que su esposo le había contado sobre los procesos judiciales en los que intervenía, los acuerdos y promesas que uno pueda obtener de granujas sin honor carecen de toda credibilidad. Calculaba que podría retrasar un mes o dos el instante fatal en el que su secreto saldría a la luz; luego, el edificio de su dicha doméstica, construida artificialmente, se vendría abajo y, aunque era cierto que arrastraría a aquella mujer en su caída, el hecho es que no le servía de consuelo, pues ¿qué supondrían seis meses de prisión para una mujer de mala vida, que seguramente ya había sido condenada, en comparación con la existencia que doña Irene perdía, la única posible para ella? No se imaginaba cómo podría empezar de cero, deshonorada y mancillada, cuando hasta el momento todo lo que había conseguido en la vida le había venido rodado y no había tenido que esforzarse nunca por forjar su propio destino. Además estaban sus hijos, su marido, su hogar... Ahora que estaba a punto de perder todas estas cosas, se daba cuenta por primera vez de que formaban parte de ella, más aún, se podría decir que eran la esencia de su vida. Todo lo que antes le parecía superficial, lo veía de repente como algo imprescindible, y le resultaba absurdo, prácticamente un sueño irreal, que una vagabunda a la que no conocía de nada la acechase por la calle y tuviera el poder de hacer saltar por los aires su vida familiar con una sola palabra.

Era inevitable; por terrible que fuese, no le cabía duda de que sería así, sucumbiría a la fatalidad, no tenía escapatoria. Pero ¿qué... sucedería? De la mañana a la noche no hacía más que darle vueltas a esta cuestión. Un día llegaría una carta para su marido, ya lo estaba viendo entrar, pálido, con la mirada sombría, la agarraría del brazo, preguntaría... Pero luego... ¿qué sucedería luego? ¿Qué haría él? En este punto, las imágenes se perdían de repente en una oscuridad que no era otra cosa que miedo, un miedo terrible, que la desconcertaba. No era capaz de imaginarse cuál sería su reacción y todas las suposiciones que hiciera carecían de fundamento. En medio de la angustia que le producía pensar en ello se dio cuenta de algo terrible: en realidad, apenas conocía a su marido y, por eso, no podía aventurar qué decisiones tomaría llegado el momento. Se había casado con él a instancias de sus padres, aunque ella

tampoco se opuso al enlace: parecía un hombre simpático y agradable, y lo cierto es que no la decepcionó. Había vivido feliz con él durante ocho años en los que no había tenido que preocuparse de nada, arropada por la seguridad que respiraba a su lado; le había dado hijos, un hogar e incontables horas de intimidad, pero ahora, al preguntarse cómo se comportaría, se dio cuenta de que no lo conocía, de que prácticamente era un extraño para ella. Volvió la vista atrás y repasó febrilmente los últimos años, que brillaban bajo una luz fantasmal. Tuvo que admitir que jamás se había preocupado por conocer el carácter de su marido. Al cabo de los años no sabía si era severo o condescendiente, riguroso o tierno. Su existencia se tambaleaba, tenía razones para temer por su vida y lamentó el tiempo perdido, un error que podía resultar fatal y del que sólo ella tenía la culpa. Se había quedado en la capa más superficial, en la faceta social de su esposo y nunca había mirado su interior, lo más importante para ella en aquellos trágicos momentos en los que habría dado cualquier cosa por sondear su conciencia y adelantarse a su decisión. Casi sin querer, empezó a fijarse en pequeños detalles, en insinuaciones, trató de recordar cuál había sido su opinión en casos semejantes, cómo los había juzgado, pero quedó desagradablemente sorprendida al comprobar que casi nunca había expresado sus puntos de vista y, por otra parte, tampoco ella le había hecho nunca preguntas personales. Empezó a reducir a su marido a una serie de rasgos que pudieran darle una idea de su carácter. Su miedo se había convertido en un delicado martillo con el que golpeaba cada uno de sus recuerdos, tratando de encontrar una entrada a las cámaras secretas del corazón de su marido.

Febril e impaciente esperó su llegada dispuesta a analizar una por una todas sus palabras. Apenas reparó en la expresión de su rostro al saludarla, pero sí en sus gestos: cómo le besaba la mano o le acariciaba el cabello con los dedos. Le pareció que eran pruebas indudables de su ternura. No se puede decir que fuera impetuoso, seguramente por timidez, pero todo indicaba que sentía un profundo cariño hacia ella. Él siempre había sido comedido en sus palabras, jamás se había mostrado impaciente o nervioso, su actitud hacia ella se podía considerar sosegada y amistosa. A pesar de todo, no dejó de inquietarle que esa simpatía no se distinguiera substancialmente de la que mostraba hacia los sirvientes y fuera sensiblemente menor que el cariño con el que trataba a los niños, unas veces más jovial y otras más ardiente. Ese día también le pidió a su esposa que le informara con todo detalle de las cuestiones domésticas, como si quisiera darle la oportunidad de hablar de sus preocupaciones mientras que él guardaba silencio sobre las propias. Ella lo observaba con atención y, por primera vez, se dio cuenta de lo mucho que la cuidaba, del esfuerzo que realizaba para mantener un equilibrio y sostener una conversación sobre los asuntos cotidianos, cuya intrascendencia y banalidad la dejaron espantada. No dijo ni una palabra sobre sí mismo, por lo que doña Irene no pudo apaciguar su inquietud y su curiosidad, y se quedó tan insatisfecha como antes de hablar con él.

Ya que no podía deducir nada de sus palabras, examinó con atención su rostro

ahora que estaba sentado en el *fauteuil*^[1] leyendo un libro, mientras la lámpara eléctrica lo iluminaba directamente. Se enfrentaba a un rostro extraño y trató en vano de descubrir algún rasgo familiar o, por el contrario, algún gesto inusual que revelase sus sentimientos. Su falta de interés a lo largo de ocho años de convivencia le negaba este privilegio. Observó su frente, luminosa y noble, bien formada, reflejo de una conciencia fuerte, elevada, espiritual; la boca, sin embargo, le pareció dura e inflexible. Sus rasgos, muy masculinos, transmitían fuerza y energía, pero también severidad. Se sorprendió al percibir en ellos tanta belleza. Observó admirada esa seriedad contenida, esa aspereza de su ser, que hasta entonces había preferido interpretar simplemente como un signo de su temperamento sobrio y poco inclinado a las conversaciones mundanas. Desafortunadamente, los ojos, que debían encerrar el misterio que ansiaba descubrir, estaban inclinados hacia el libro y, por lo tanto, se sustraían a su mirada. Sólo podía seguir observando su perfil y preguntarse si esa línea ondulada se podía traducir en una palabra: misericordia o castigo. La dureza de su figura la asustaba pero, al mismo tiempo, la determinación que revelaba escondía una curiosa belleza, que esa tarde pudo apreciar por primera vez. De repente, se dio cuenta de que le gustaba mirarle y que al hacerlo sentía placer y orgullo. Despertó de aquel ensueño con una dolorosa sensación en el pecho, como si algo se hubiera rasgado, un sentimiento sordo, el lamento por algo perdido, una tensión casi sensual que no recordaba haber sentido jamás con tanta fuerza ante el físico de su marido. Fue entonces cuando él levantó la vista del libro y ella se retiró a toda prisa, ocultándose en la oscuridad para no encender sus sospechas con la pregunta que ardía en su mirada.

Llevaba tres días sin abandonar la casa y empezó a notar con inquietud que su presencia llamaba la atención de los demás. No era habitual que pasara demasiadas horas, por no hablar ya de días, en sus aposentos. Poco inclinada hacia la vida doméstica, dispensada de la administración de la casa gracias a su holgada situación económica, aburrída de sí misma, su residencia no era más que un lugar para descansar lo indispensable; y la calle, el teatro, las reuniones sociales con su colorido, su movimiento y sus novedades, su lugar preferido; disfrutar de todo ello no requería ningún esfuerzo y compensaba el letargo de sus sentimientos con innumerables estímulos que despertaban sus sentidos. Doña Irene pertenecía en cuerpo y alma a esa elegante burguesía vienesa, que organiza su tiempo de acuerdo con una especie de pacto secreto que compromete a los miembros de esta liga invisible a encontrarse a determinadas horas en determinados lugares una y otra vez. Poco a poco, sus citas y reuniones, así como los comentarios y comparaciones a los que dan pie se elevan a otro nivel y se convierten en el sentido de la existencia. Aislados del mundo y volcados sobre sí mismos, llegan a perder el contacto con la realidad, los sentidos se alimentan de impresiones insignificantes, acontecimientos intrascendentes de los que esta indolente comunidad no podría prescindir; llegados a ese punto, la constante agitación y la pérdida de los vínculos que les unen con los demás hombres degeneran rápidamente en un enconado odio hacia sí mismos. Doña Irene sentía el infinito peso del tiempo sobre sus hombros; sin nada con qué llenarlas, las horas perdían todo su sentido. Como si estuviese encerrada entre las paredes de una mazmorra, iba de un lado a otro, ociosa y agitada, recorriendo todas las habitaciones de la casa. La calle, el mundo, que para ella eran la verdadera vida, le estaban vedados. Aquella mujer los guardaba con la amenaza de un nuevo chantaje como el ángel del Señor guarda el paraíso con su espada flameante.

Los primeros en advertir este cambio fueron sus hijos, especialmente el muchacho mayor, que en su inocencia manifestaba abiertamente su asombro al ver a mamá en casa tantos días seguidos, mientras que los sirvientes se limitaban a murmurar y a hacer toda clase de conjeturas con la institutriz. Ella se esforzaba en vano por encontrar motivos que justificasen su presencia en la casa. Alegaba múltiples obligaciones, totalmente razonables, que, sin embargo, sólo servían para subrayar aún más su extraño comportamiento, pues todos aquellos años de indiferencia habían hecho que su presencia en el hogar fuera completamente prescindible. Allá donde fuera se topaba con la resistencia de alguien que rechazaba su repentino interés por ayudar como si fuera una intromisión en su trabajo o una violación de unos derechos adquiridos por la costumbre. Todo el espacio estaba ocupado y ella misma se sentía en su propia casa como un cuerpo extraño del que el organismo trata de deshacerse. No sabía qué hacer consigo ni con su tiempo. Incluso fracasó al tratar de aproximarse a los niños. El repentino interés de su madre despertó sus recelos, lo interpretaron como un intento de controlarles más de cerca. Doña Irene

notó que se ponía roja de vergüenza cuando, al acercarse al jovencito de siete años, éste le preguntó descaradamente por qué no salía un rato a dar un paseo. Cuando quería ayudar, perturbaba el orden establecido; cuando quería tomar parte en la vida de la casa, despertaba suspicacias. Tampoco había tenido la cautela de retirarse para hacer que su presencia no llamase tanto la atención. Podría haberse quedado tranquilamente en su cuarto, leyendo un libro, ocupada con cualquier labor; pero el miedo que la invadía le causaba una agitación irrefrenable, un nerviosismo que la obligaba a ir de una habitación a otra sin parar. Cada vez que sonaba el teléfono, cada vez que llamaban a la puerta se sobresaltaba, y se sorprendía a sí misma observando detrás de las cortinas lo que ocurría en la calle, anhelando estar con otras personas o, por lo menos, verlas, añorando la libertad y, sin embargo, temiendo que, de repente, entre las caras que pasaban, apareciese una que la perseguía incluso en sueños, levantara la vista y clavase sus ojos en ella. Sentía cómo su apacible existencia iba desintegrándose poco a poco, se desvanecía, y sólo quedaba un campo de ruinas fruto de su propia impotencia. Los tres días que pasó encerrada en la mazmorra de su casa le parecieron más largos que sus ocho años de matrimonio.

Sin embargo, las cosas cambiaron al llegar la tercera noche. Hacía semanas que había aceptado una invitación para acudir a una velada con su marido y ahora no podía dejar de acudir a la reunión sin un motivo muy justificado. Además, era el momento de romper de una vez por todas esa reja invisible cuyos barrotes encerraban ahora su vida, tenía que superar su miedo si no quería sucumbir. Necesitaba ver a otras personas, descansar durante unas horas de sí misma, para salir de aquella soledad suicida impuesta por el temor. Por otra parte, ¿dónde estaría más segura que en casa de sus amigos, en qué otro lugar podría eludir la invisible persecución que sufría a cada paso? Por un instante, su cuerpo se estremeció de miedo, fue apenas un segundo, cuando salió de la casa; era la primera vez que pisaba la calle desde su último encuentro con aquella mujer, que podría estar acechando en cualquier parte. Casi sin querer, agarró el brazo de su marido, cerró los ojos y recorrió los pocos pasos que la separaban del coche que ya les estaba esperando. Luego, cobijada junto a él, mientras atravesaban a toda velocidad las calles desiertas en medio de la noche, fue desprendiéndose poco a poco del peso que arrastraba. Cuando llegaron y subió los escalones de la casa, supo que estaba a salvo. Por unas horas volvería a ser la misma de antes, la que había sido durante ocho largos años: una dama despreocupada, alegre, más dichosa si cabe, porque ahora, después de salir de la mazmorra y ver de nuevo el sol, era consciente de lo que tenía. Aquí no había lugar para la persecución, el odio no podía saltar las murallas que la protegían, estaba rodeada de personas que la querían, la respetaban y la distinguían con su amistad, personas elegantes, sin segundas intenciones, inflamadas por la incandescencia de la frivolidad, un círculo que se había reunido para disfrutar de la vida, que la acogía y la ponía en su centro. Al entrar notó las miradas de admiración de los demás. Era hermosa y lo sabía, y aún se sintió más orgullosa de ello después del tiempo que había pasado encerrada en

casa. ¡Qué satisfacción poder hablar con otras personas después de los días de silencio, en los que un único pensamiento estéril barrenaba su cerebro, como un terco arado hundiéndose en la tierra, y en los que todo en ella era herida y dolor! ¡Qué alegría oír de nuevo palabras halagadoras que la reanimaban como una descarga eléctrica y revolucionaban su sangre! Estaba de pie y miraba fijamente a los demás. Algo se agitaba en su pecho inquieto luchando por salir. En ese instante supo que era la risa contenida que quería liberarse, explotar. Fue como el estallido de una botella de champán al descorcharse, una especie de trino, un pequeño burbujeo, río y río, a veces le daba vergüenza mostrar aquella desbordante alegría, pero al momento volvía a reír, jubilosa como una bacante. Una sacudida nerviosa tensó todos sus músculos, sus sentidos excitados recobraron fuerza y vitalidad. Por primera vez en días volvía a comer con verdadero apetito y a beber con auténtico gusto.

Su alma reseca, sedienta de compañía, absorbía con avidez la vida y el placer. La música que sonaba en la habitación contigua atrajo su atención. Penetraba bajo su piel ardiente filtrándose hasta lo más hondo de su ser. Cuando el baile comenzó, se vio casi sin darse cuenta en medio de la multitud. Bailó como nunca lo había hecho. Arrebatada por la música, giraba en veloces remolinos que la hacían sentir ingrávida y el ritmo aceleraba su cuerpo dominado por el fogoso movimiento. Cuando la música se detenía, notaba una punzada de dolor; en el silencio, la serpiente de la inquietud volvía a enroscarse alrededor de sus miembros estremecidos por el miedo. Luego se precipitaba una vez más en medio del torbellino y era como si se sumergiera en un baño de agua fría, un agua que tranquiliza e invita a dejarse llevar. Siempre había sido una bailarina bastante mediocre, demasiado comedida, demasiado calculadora, demasiado rígida y cautelosa en cada uno de sus movimientos, pero esta vez la embriaguez, el éxtasis liberaron su cuerpo. El corsé de pudor y respeto que normalmente ceñía su indómita pasión dándole una forma, templándola, se rasgó de arriba abajo. Sin frenos, sin límites, sintió que su cuerpo fluía dichoso. Brazos y manos la rozaban y luego desaparecían, sentía el aliento de los que la rodeaban, palabras y risas, el cosquilleo de la música que agitaba la sangre, todo su cuerpo estaba en tensión, ardiendo bajo su ropa; aunque no era consciente de ello, le habría gustado liberarse de cualquier envoltura para sentir, desnuda, como aquella insólita embriaguez la penetraba hasta el fondo de su ser.

—Irene, ¿qué te pasa?

La dama se giró tambaleándose, con ojos risueños, inflamada aún por el abrazo de su pareja de baile. Entonces, la mirada fría y dura de su marido le heló el corazón. Estaba asombrado. Ella se asustó. ¿Habría ido demasiado lejos? ¿La habría delatado su entusiasmo?

—¿Qué... qué quieres decir, Fritz? —balbuceó sorprendida.

La mirada de su marido se clavaba en ella más y más, ahora la sentía hundirse en su corazón. Estaba a punto de gritar por la cortante expresión de aquellos ojos.

—Que te comportas de un modo muy extraño —respondió por fin con un susurro.

En su voz había una sorda sorpresa. Ella no se atrevió a preguntar qué quería decir exactamente, pero un escalofrío recorrió sus miembros cuando él, sin decir nada, le dio la espalda. Observó sus hombros, anchos y fuertes, sobre los que se alzaba el cuello nervudo y firme, como una torre. El cuello de un asesino, se le ocurrió pensar. Confusa y preocupada, como si le hubiera visto por primera vez, cayó en la cuenta de que su marido era un hombre fuerte, que podía resultar peligroso, y esta idea la llenó de horror.

La música sonaba de nuevo. Un caballero se acercó y ella tomó su brazo mecánicamente, pero ahora todo había cambiado, se sentía pesada y la alegre melodía no consiguió animar sus miembros petrificados. Una silenciosa pesadez brotaba de su corazón y bajaba hasta sus pies. Cada paso le hacía daño y tuvo que pedir a su pareja de baile que la disculpase. Mientras se retiraba de la fiesta, miró a su alrededor casi sin querer. Buscaba a su marido. Quería saber si estaba cerca. El corazón le dio un vuelco al descubrir que se encontraba justo detrás de ella, como si hubiera estado esperándola. Su fulgurante mirada volvió a encontrarse con la de ella. ¿Qué quería? ¿Sabía algo? Inconscientemente se compuso el vestido como si quisiera cubrirse el escote ante su esposo. Su silencio era tan pertinaz como su mirada.

—¿Nos marchamos? —preguntó temerosa.

—Sí.

Su voz sonaba dura y nada amable. Salió delante de ella. Una vez más pudo ver ante sí aquel cuello fuerte, amenazador. Le pusieron el abrigo de piel sobre los hombros, pero ella seguía temblando de frío. Hicieron el viaje de vuelta en silencio. Ella no se atrevió a decir ni una palabra. De alguna manera percibía una nueva amenaza. Ahora estaba rodeada por ambos lados.

Esa noche tuvo una angustiosa pesadilla. Sonaba una música extraña, muy animada, se encontraba en una sala luminosa, amplia, llena de gente, un mundo de color y movimiento. Un joven al que creía conocer, aunque no acababa de saber exactamente quién era, se abrió paso hasta ella, le ofrecía su brazo y la sacaba a bailar. Era una sensación delicada y agradable, una ola de música la elevó de repente en el aire, ya no sentía el suelo, y ella y su pareja atravesaban bailando otras muchas salas en las que colgaban candelabros de oro con pequeñas llamas, radiantes como estrellas, e infinidad de espejos que cubrían las paredes y multiplicaban sus risas en infinitos reflejos. La música y el baile eran cada vez más ardientes. Notó que el jovencito la abrazaba cada vez con más fuerza, estrechando sus brazos desnudos, haciéndola gemir de dolor y de placer. La mirada de ella se perdía en la suya, creía conocerlo. Se parecía a aquel actor del que había estado enamorada, cuando no era más que una muchachita, un amor platónico, a distancia. Iba a pronunciar arrobada su nombre en voz alta, cuando él selló sus labios con un ardiente beso. Y así, con sus labios fundidos, como un único cuerpo que ardía por dentro, volaron llevados por un feliz viento a través de las estancias. Las paredes desaparecían, ya ni siquiera veían el techo que flotaba por encima de ellos, era un instante indescriptible, el instante de la ligereza y la libertad. Entonces, de repente, alguien la tocó en el hombro. Se detuvo en seco y también lo hizo la música, las luces se apagaron, las paredes volvieron a cerrarse en la oscuridad y su pareja de baile desapareció.

—¡Devuélvemelo, ladrona!

Era aquella horrible mujer. El eco de sus palabras resonó en las paredes. Sus dedos fríos como el hielo se cerraron alrededor de su muñeca. Trató de defenderse, de rebelarse. Se escuchó gritar a sí misma. Chillaba desesperada, presa del terror. Ambas forcejearon, pero la mujer era más fuerte, le arrancó el collar de perlas y la mitad del vestido. Su pecho y sus brazos quedaron desnudos, cubiertos únicamente con los jirones de tela que colgaban. Una multitud comenzó a congregarse a su alrededor. Salían a raudales de todas las salas. El tumulto iba creciendo. La miraban fijamente burlándose de ella al verla medio desnuda. La mujer gritaba con voz chillona:

—¡Ella me lo robó, no es más que una adúltera, una ramera!

No sabía dónde ir a esconderse, hacia quién volver sus ojos. Las personas que la rodeaban se iban acercando cada vez más, curiosas, jadeantes, esbozando extrañas muecas, alargando sus manos hacia su cuerpo desnudo. Buscaba desesperadamente una tabla de salvación, un lugar donde refugiarse y, en ese momento, su mirada se detuvo en el tenebroso marco de la puerta, donde vio a su marido de pie, inmóvil, con la mano derecha oculta detrás de la espalda. Dejó escapar un grito y salió corriendo para escapar de él. Atravesó a la carrera varias estancias perseguida por la muchedumbre fervorosa, desatada. Sentía que su vestido se iba cayendo, apenas lo podía sostener ya. De repente, una puerta se abrió delante de ella. Sin pensárselo dos veces, se precipitó escaleras abajo tratando de salvarse, pero allí la esperaba de nuevo

aquella mujer repugnante con su saya de lana, extendiendo las manos como si fueran garras. Saltó a un lado para esquivarla y huyó corriendo como una loca, pero la mujer se precipitó en pos de ella. Comenzó entonces una persecución a través de la noche recorriendo calles largas, silenciosas, iluminadas por la luz de las farolas, que se inclinaban hacia ellas con muecas burlonas. A su espalda oía el ruido que hacían los chanclos de la mujer, pero cuando llegaba a una esquina se la encontraba allí, delante de ella, esperándola, y lo mismo ocurría en la siguiente, detrás de cada casa, a izquierda y derecha, acechaba la mujer. Siempre estaba allí, era como si tuviera el poder de desdoblarse, no podía dejarla atrás, reaparecía cortándole el paso, tendiendo sus manos hacia ella. Sentía que sus rodillas empezaban a flaquear, cuando por fin divisó su casa. Se precipitó hacia ella, abrió de golpe la puerta y se dio de bruces con su marido. Tenía un cuchillo en la mano y la mirada fija en ella, una mirada que traspasaba su ser.

—¿Dónde has estado? —le preguntaba con voz ahogada.

—En ninguna parte: —respondía ella.

Sin embargo, junto a su voz se oía ya la risa chillona de la mujer, que estaba a su lado.

—¡Yo la he visto! ¡La he visto! —gritaba con una mueca burlona, riendo como una loca.

Entonces, él levantaba el cuchillo.

—¡Socorro! —gritó ella—. ¡Socorro!

Tenía los ojos muy abiertos y su mirada aterrorizada se encontró con la de su marido. ¿Qué... qué era aquello? Estaba en su habitación, la lámpara del techo proyectaba una luz pálida, se encontraba en casa, en su cama, todo había sido un sueño. Pero ¿cómo es que su marido estaba sentado al borde de su cama con cara de preocupación, como si estuviera enferma? ¿Quién había encendido la luz? ¿Qué hacía allí tan serio, mirándola fijamente, sin mover un músculo? Un escalofrío estremeció su cuerpo. Casi sin querer, buscó con la mirada la mano de su esposo: no, no tenía ningún cuchillo. Poco a poco, su confusión fue disipándose y, con ella, las tormentosas imágenes de aquel sueño. Debía de haber gritado en medio de su pesadilla y le había despertado. Pero ¿a qué venía aquel gesto tan serio, aquella mirada penetrante, implacable?

Trató de sonreírle.

—¿Qué... qué ocurre? ¿Por qué me miras así? Creo que he tenido una pesadilla.

—Sí, estabas gritando. Te he oído desde la otra habitación.

¿Qué sería lo que había gritado? ¿Y si había revelado su secreto? Sintió un escalofrío. ¿Estaría su marido al tanto de lo que había pasado? Ni siquiera se atrevía a levantar los ojos, era incapaz de enfrentarse a aquella mirada. Él la observaba muy serio, con una asombrosa calma.

—¿Qué te pasa, Irene? Te encuentro agitada. Hace unos días que no eres la misma. Te veo febril, nerviosa, confusa y ahora te despiertas en medio de la noche

pidiendo socorro. —Ella se limitó a sonreírle de nuevo—. No —insistió él—, no debes callarte. ¿Tienes alguna preocupación? ¿Qué es lo que te atormenta tanto? Todos en casa nos damos cuenta de lo cambiada que estás. Debes confiar en mí, Irene.

Se acercó imperceptiblemente a ella y deslizó los dedos por su brazo desnudo, acariciándola; en sus ojos había un extraño fulgor. Al sentirle tan cerca, le sobrevino el deseo de lanzarse a sus brazos, aferrarse a su cuerpo con todas sus fuerzas, confesarlo todo y no dejarle marchar hasta que la hubiera perdonado, ahora, en este momento en que la había visto sufrir.

Pero la pálida luz de la lámpara iluminó su rostro y se sintió avergonzada. Le asustaba pronunciar aquellas palabras.

—No te preocupes, Fritz —dijo forzándose a sonreír, mientras un escalofrío recorría su cuerpo desde la cabeza hasta los pies, donde sus dedos desnudos se crisparon horriblemente—. Sólo estoy un poco nerviosa. Ya se me pasará.

Había cogido la mano de su marido entre las suyas. En ese momento, él la retiró bruscamente. Estaba pálido, la luz blanquecina no conseguía disipar las pesadas sombras que cubrían su frente, una tenebrosa bóveda que ocultaba terribles pensamientos. Se incorporó lentamente, mientras ella seguía temblando de miedo.

—No sé, estos días he tenido la impresión de que querías contarme algo. Algo que sólo nos concierne a ti y a mí. Ahora estamos solos, Irene.

Ella seguía echada, sin moverse, como hipnotizada por aquella mirada seria y velada por las sombras. Era el momento de arreglarlo todo, sólo necesitaba decir una palabra, una pequeña palabra: perdón, y él no preguntaría nada más. Pero ¿por qué seguía ardiendo la luz de la lámpara? Era como si quisiera escuchar su confesión, hacer pública su vergüenza. En la oscuridad habría sido capaz de admitir su error, estaba segura de ello, pero aquella luz quebró su voluntad.

—¿De verdad que no es nada? ¿No quieres que hablemos?

¡Qué tentadora, qué dulce era su voz! Jamás le había oído hablar así. ¡Pero la luz, la lámpara, ese resplandor amarillento, voraz!

Trató de infundirse ánimos.

—¡Qué cosas se te ocurren! —rio temiendo que su voz se quebrase—. ¿Porque no duerma bien una noche ya he de tener algún secreto inconfesable? ¡Al final me dirás que tengo una aventura!

Se asustó de lo falsas, de lo mendaces que sonaban sus palabras. La angustia se filtraba hasta el tuétano de sus huesos. Sin querer, apartó la mirada.

—De acuerdo... Que duermas bien —fue la respuesta breve, cortante, de su marido.

Ahora, su voz sonaba completamente distinta, como una amenaza o como una burla malévolas, insidiosa.

Él apagó la luz y salió de la habitación sin hacer ruido. Era una sombra pálida, un fantasma nocturno. Cuando la puerta se cerró, fue como si cerrasen la tapa de un

ataúd. El mundo estaba muerto, vacío, sólo quedaba su propio corazón palpitando violentamente contra el pecho, aumentando con cada latido el dolor que se apoderaba de su cuerpo petrificado.

Al día siguiente, cuando se sentaron juntos a comer —los niños acababan de pelearse y había costado mucho trabajo imponer orden—, la sirvienta trajo una carta. Era una nota para la señora de la casa y el mensajero esperaba una respuesta. Sorprendida, observó la letra. No la reconocía. Abrió rápidamente el sobre. En cuanto leyó la primera línea empalideció. Se levantó de un salto y se asustó aún más cuando se dio cuenta de que todos los demás la miraban asombrados, sin comprender qué había causado semejante reacción.

La carta era breve. Tres líneas: «Haga el favor de entregar cien coronas al portador de esta nota». No aparecía ninguna firma, tampoco estaba fechada y los trazos de la escritura eran bastante desmañados. Doña Irene corrió a su habitación para buscar el dinero, pero había extraviado la llave de la caja. Abrió y revolvió todos sus cajones buscándola febrilmente. Por fin la encontró. Temblando, dobló los billetes y los metió en un sobre, que entregó en persona al mensajero que aguardaba en la puerta. No pensó en ningún momento lo que estaba haciendo, parecía hipnotizada y actuó obedeciendo aquellas instrucciones sin un atisbo de duda. Luego regresó al comedor. Apenas había estado fuera dos minutos.

Se había hecho el silencio. Se sentó disgustada y temerosa. Tenía que improvisar alguna excusa. Tanto le temblaba la mano que tuvo que apoyar a toda prisa la copa que acababa de levantar. En ese momento, su mirada cayó sobre la mesa y sintió un escalofrío que le heló la sangre. Trastornada por lo sucedido, había dejado la carta abierta al lado de su plato. Su marido habría podido alcanzarla sin apenas moverse y le habría bastado una mirada para descifrar su contenido, escrito con letras grandes, torpes. Quiso decir algo, pero la lengua se le había paralizado. Se apoderó del papel con un gesto disimulado y lo apretó con fuerza en su mano. Entonces, al levantar la vista, topó con la mirada de su marido, una mirada severa y dolorosa, que la traspasaba, y que nunca antes le había dirigido. Desde hacía unos días aquella mirada la sumía en la confusión, haciendo que se estremeciera con un temblor que llegaba hasta lo más hondo de su ser y que no sabía cómo controlar. Era la misma mirada que tenía cuando la agarró del brazo en el baile, la misma que había visto anoche en su sueño, resplandeciente como un cuchillo.

¿Qué la hacía tan aguda, tan deslumbrante, tan acerada, tan dolorosa? ¿Intuía algo o es que ya estaba al corriente de lo que había pasado? Mientras luchaba por encontrar las palabras, le vino a la mente un recuerdo olvidado mucho tiempo atrás, una historia que su marido le había contado en cierta ocasión. Siendo abogado, había tenido ocasión de conocer a un juez instructor cuya estrategia al interrogar a un acusado consistía en examinar las actas durante su declaración sin apartar los ojos de ellas un solo instante, como si tuviera problemas de vista. Luego, en el momento adecuado, levantaba los ojos y formulaba la pregunta decisiva clavando su mirada en el acusado como si fuera un puñal. De repente concentraba toda su atención en él desconcertándolo, desarmándolo, logrando que perdiera la compostura y admitiera la

mentira que había ideado cuidadosamente. ¿No estaba recurriendo su marido a esta misma maniobra para conseguir que ella misma se delatase? ¿No corría el riesgo de convertirse en víctima de su habilidad para manipular a las personas? Sintió un escalofrío, cuando recordó la pasión que despertaba en él la vertiente psicológica de su oficio, mucho más interesante que los aspectos meramente jurídicos. Seguir las pistas, descubrir secretos, presionar a un criminal le atraía tanto como a otros los juegos de azar o el erotismo. Cuando tenía entre manos algún caso en el que era necesario aplicar la psicología para poder llegar a la verdad, su corazón ardía inflamado por una irresistible curiosidad que le impulsaba a trabajar sin descanso, día y noche. Un palpable nerviosismo se apoderaba de él; muchas veces se despertaba de pronto en mitad de la noche y caía en la cuenta de algún detalle que había pasado por alto, su rostro se volvía impenetrable como el acero, bebía y comía poco, fumaba incesantemente, apenas hablaba, como si estuviera guardando las palabras para el momento de comparecer ante el tribunal. Irene recordaba que en cierta ocasión decidió acudir con él al juzgado. Había sido la primera y la última vez. Salió asustada por la pasión, por el oscuro afán, incluso por la maldad con que armaba su discurso, por esa expresión opaca y agria que ahora creía descubrir de nuevo en su rostro, en su mirada absorta, en aquellas cejas fruncidas amenazadoramente.

Todos estos recuerdos perdidos despertaron en su conciencia en aquel preciso instante, ahogando las palabras que sus labios querían pronunciar. Siguió callada. Su confusión iba en aumento a medida que cobraba conciencia de lo delator que resultaba el silencio, estaba a punto de perder la última oportunidad de dar una explicación plausible de lo ocurrido. Ni siquiera se atrevía a levantar los ojos, pero, incluso con la mirada baja, su inquietud se reavivó al ver las manos de su marido, normalmente tranquilas y calmadas, moviéndose sobre la mesa de un lado a otro como animales salvajes. Por fortuna, la comida acabó pronto, los niños se levantaron de un salto y salieron en tromba hacia la habitación de al lado, dando voces, gritando jubilosos, a pesar del celo de la institutriz que se esforzaba en vano por apaciguarlos. También su marido se levantó y fue caminando pesadamente, sin volver la vista atrás, a la habitación contigua.

En cuanto se quedó sola, sacó de nuevo la fatídica carta. Sus ojos recorrieron al vuelo aquellas líneas: «Haga el favor de entregar cien coronas al portador de esta nota». En un ataque de rabia cogió el papel, lo rasgó en pedazos, hizo una bola con ellos y la lanzó con furia a la papelera. Luego lo pensó mejor, se detuvo, se inclinó sobre la chimenea y los arrojó al fuego. Al momento, una llama blanca se alzó chisporroteando y devoró con avidez aquella comprometedor nota, devolviéndole la tranquilidad.

En aquel instante oyó los pasos de su marido acercándose a la puerta. Se incorporó a toda prisa. Su rostro estaba arrebolado por el aliento del fuego y el temor de verse descubierta. La portezuela del fogón había quedado abierta y para que aquel descuido no la delatara trató de cubrirla torpemente con su cuerpo. Él se acercó a la

mesa, encendió una cerilla para su cigarro. Al acercar la llama, su rostro se iluminó y ella creyó percibir un leve temblor alrededor de las ventanillas de la nariz, algo que siempre ocurría cuando se enfurecía. Sin embargo, se dirigió a ella sin alterarse en absoluto:

—Sólo quiero decirte que no estás obligada a mostrarme tus cartas. Si deseas guardar tus secretos, tienes plena libertad para hacerlo.

Se quedó muda y ni siquiera se atrevió a levantar los ojos. Él esperó un instante, luego exhaló enérgicamente el humo de su cigarro, como si lo sacase de lo más profundo de su pecho, y abandonó la habitación con paso cansado.

No quería pensar en nada más. Su único deseo era continuar con su vida, adormecerse, llenar su corazón con tareas fútiles e insignificantes. Ya no soportaba estar en casa. Tenía que salir a la calle, lo sabía, necesitaba ver gente para no volverse loca. Esperaba que aquellas cien coronas le asegurasen algunos días de libertad y decidió aventurarse a dar un paseo. Era lo mejor. Tenía muchas preocupaciones y, por otra parte, tampoco era tan mala idea desaparecer unas horas, cuando los ojos de todos parecían estar puestos en ella a causa de su extraño comportamiento. Había pensado cuidadosamente cuál sería la mejor manera de salir. Llegaba a la puerta y desde allí se lanzaba a la calle con los ojos cerrados como si estuviera saltando desde un trampolín. Una vez que sentía la dureza del pavimento bajo los pies y la gente a su alrededor, se sumergía en aquella cálida corriente y se impulsaba hacia delante con todas sus fuerzas. Excitada y nerviosa, avanzaba tan rápido como podía tratando de no llamar la atención, ciegamente, con los ojos fijos en el suelo, sintiendo, por supuesto, la amenaza de aquella mujer que podía cruzarse en su camino en cualquier momento. Si estaba acechándola, al menos no quería saberlo. Sin embargo, no pensaba en otra cosa y se estremecía cada vez que alguien la rozaba casualmente. Un sonido, unos pasos a su espalda, una sombra que pasara a su lado crispaban sus nervios. Sólo podía respirar tranquila cuando estaba en el coche o en una casa que no fuera la suya.

Un caballero la saludó. Levantó la vista y se encontró con un amigo de su familia al que conocía desde su juventud. Era un hombre con barba gris, amable, pero extraordinariamente hablador, al que procuraba evitar, porque tenía la costumbre de pasarse horas importunándole a uno con sus pequeñas dolencias físicas, casi siempre imaginarias. Sin embargo, en esta ocasión lamentó haberse limitado a responder a su saludo y haber seguido su camino sin pedir que la acompañase. Un conocido podía protegerla si la chantajista decidía abordarla en la calle. Vaciló y pensó en darse la vuelta, pero le pareció que alguien se acercaba a ella con rapidez, y automáticamente, sin pararse a pensar, continuó avanzando con decisión. El miedo aguzaba sus sentidos. Notaba a su espalda la presencia de alguien que se aproximaba a ella a toda prisa. Horrorizada, empezó a correr cada vez más rápido, aunque sabía que al final no podría escapar de su seguidora. Sus hombros se estremecían presintiendo el tacto de aquella mano. Los pasos sonaban cada vez más cerca. La alcanzaría en cualquier instante. Cuanto más apretaba el paso, más pesadas sentía las rodillas. Ahora estaba justo detrás de ella. Oyó que la llamaba por su nombre. ¡Irene! Sin embargo, la voz no era como la recordaba, no era la voz que ella temía, la de la terrible mensajera de la desdicha. Respiró hondo y se volvió. Era su amante, que a punto estuvo de chocar con ella, cuando se detuvo en seco. Su pálido rostro revelaba una confusa excitación y ahora, al enfrentarse a la desconcertante mirada de ella, incluso vergüenza. Inseguro, levantó la mano para saludar y enseguida, al ver que ella no le ofrecía la suya, la dejó caer. Ella lo miró fijamente unos segundos, tratando de asimilar aquel

inesperado encuentro. No habían pasado más que unos días desde aquella última cita, pero el miedo había hecho que se olvidase de él. Ahora que tenía delante su rostro pálido, con aquella expresión vacía, perpleja, que se dibuja en los ojos de quien no encuentra respuesta a sus preguntas, una ardiente ola de rabia se elevó de repente dentro de ella. Los labios de la dama temblaron buscando una palabra, la excitación de su semblante era tan patente que él, asustado, sólo acertó a pronunciar su nombre:

—Irene... ¿qué te ocurre, Irene?

Al ver su colérica expresión, bajó la cabeza y añadió humildemente:

—Pero ¿qué es lo que te he hecho yo?

Ella se quedó mirándole fijamente, tratando de contener la rabia:

—¿Y aún se atreve a preguntar qué es lo que me ha hecho? —rio burlona—. ¡Nada! ¡Nada en absoluto! ¡Me ha tratado muy bien! ¡Ha sido muy amable conmigo!

Él la miraba estupefacto, asombrado, boquiabierto, lo que reforzaba aún más su aspecto estúpido y ridículo.

—¡Pero, Irene... Irene!

—No monte un escándalo —le cortó brusca, despóticamente—. Y no finja conmigo. Seguro que ella está por aquí cerca, acechándome. Sí, su querida amiga... aguardará el momento oportuno y volverá a caer sobre mí...

—Pero ¿de quién me hablas...? ¿A quién te refieres?

Le habría gustado abofetear ese rostro descompuesto, pasmado, ridículo. Sentía cómo su mano apretaba con fuerza el paraguas. Jamás había despreciado de esta forma a una persona, jamás había sentido tanto odio.

—Pero, Irene... Irene... —balbuceaba él, cada vez más confuso—. ¿Qué es lo que te he hecho yo? De repente te apartas de mí... Te espero día y noche... Hoy llevo el día entero delante de tu casa, sólo para poder hablar contigo un minuto.

—¿Que has estado esperándome delante de mi casa...? ¡Vaya...! ¡Tú también!

La rabia estaba a punto de hacerle perder los estribos. ¡Cuánto le habría gustado abofetearlo! Pero se contuvo, lo contempló una vez más llena de ardiente desprecio, pensando si no debería escupirle a la cara toda la rabia que había acumulado, llenarlo de improperios. Al final se volvió de repente y, sin mirar atrás, se alejó abriéndose paso entre la agitada multitud. Él se quedó allí, sin saber qué hacer, con la mano extendida en un gesto de súplica. Por un instante, un escalofrío recorrió su cuerpo, luego el tumulto de la calle se apoderó de él y lo arrastró consigo como una hoja que cae en la corriente, se hunde, gira, resiste unos momentos y finalmente es arrastrada sin remedio por las aguas.

De repente, la idea de que aquella persona hubiera sido su amante le parecía absurda, inverosímil. No lograba recordar nada, ni el color de sus ojos, ni la forma de su rostro; ya ni siquiera era capaz de evocar el tacto de sus caricias o el sonido de sus palabras. Sólo quedaba el tono quejumbroso, afectado, rastrero con el que se había dirigido a ella ahora, balbuciendo las palabras, sin molestarse en disimular su desesperación. A pesar de ser el origen de todos sus males, no había pensado en él ni una sola vez en todos aquellos días, ni siquiera en sus sueños. Él no significaba nada en su vida, no tenía ningún interés, apenas podía considerarlo un recuerdo. No podía entender que una vez sus labios hubieran rozado la boca de él y, si le hubiesen preguntado, habría jurado con la conciencia plenamente tranquila que jamás había sido suya. ¿Por qué había caído en sus brazos, qué terrible locura la había arrastrado a una aventura que su propio corazón ya no entendía y repugnaba a su razón? No comprendía nada, todo lo que había sucedido le resultaba extraño, incluso ella parecía extraña a sí misma.

Por otra parte, ¿no lo habían cambiado todo estos seis días, esta semana de angustia? El miedo había actuado sobre su vida como un ácido corrosivo, descomponiéndola, disgregando sus elementos. El peso que concedía a cada uno de ellos ya no era el mismo, todos los valores se habían puesto en cuestión, las relaciones se habían alterado. Hasta ahora, su vida había estado envuelta en la penumbra, avanzaba a tientas, sin atreverse a abrir los ojos, ahora, de repente, todo se iluminaba con una claridad diáfana, despiadadamente hermosa. Justo delante de ella, tan cerca que casi podía sentir su aliento, había cosas a las que jamás se había acercado, a pesar de que constituían la verdadera esencia de su vida; otras en cambio, que hasta ahora le habían parecido importantes, se disipaban como el humo. Siempre había disfrutado de una animada compañía, se desenvolvía con soltura en los círculos despreocupados y bulliciosos de la alta sociedad, y sólo tenía un objetivo: ella misma. Después de pasar una semana encerrada en su casa, convertida ahora en mazmorra, no podía decir que echase de menos aquel mundo, al contrario, le repugnaban las vacías ocupaciones con las que los ociosos trataban de llenar sus vidas; casi sin querer, volvió la vista atrás para juzgar a la luz de este nuevo sentimiento la superficialidad de su existencia hasta ese momento y se sintió abrumada por el amor y la energía que había desperdiciado. Contemplaba su pasado como si fuera un abismo. En ocho años de matrimonio, jamás se había acercado a su marido y aún menos a sus propios hijos. Adormecida por la tibia dicha en la que se había instalado, no había sentido la necesidad de salir de sí misma y aproximarse a ellos. Entre ella y su familia mediaban personas a las que se pagaba para que la dispensasen de cualquier obligación, de cualquier compromiso. Institutrices y sirvientas asumían esas pequeñas tareas en las que ahora —desde que había intentado entrar en la vida de sus hijos— empezaba a descubrir un atractivo del que carecían las ardientes miradas de los hombres o la pasión de un abrazo. Poco a poco, su vida se iba transformando en

todos los sentidos, comprendía las relaciones que movían el mundo y cuál era su importancia y su significado. Desde que conocía el peligro y, con él, los auténticos sentimientos, empezaba a tener cierta familiaridad con cuanto la rodeaba, por extraño que fuera. Se sentía ligada a ello, y el mundo, antes transparente como un cristal, se matizaba al abrigo de su sombra y se convertía en un espejo que reflejaba su figura. Allá donde mirase, allá donde prestase oídos para escuchar, descubría de repente la realidad.

Se sentó con los niños. La institutriz les leía el cuento de una princesa que tenía permiso para entrar a cualquiera de las salas de su palacio salvo en una, que estaba cerrada con una llave de plata: cierto día consiguió abrir la puerta provocando su desgracia. ¿No era una parábola de lo que estaba viviendo ahora? Al igual que la princesa, también ella se había sentido tentada por lo prohibido y había acabado perdiendo todo lo que tenía. Le pareció que aquel pequeño cuento, del que una semana antes se habría reído por su simpleza, encerraba una profunda sabiduría. El periódico publicaba la historia de un oficial que había cedido a un chantaje convirtiéndose en traidor. Se estremeció al pensar en su destino. Lo comprendía muy bien. ¿No habría hecho ella lo imposible para procurarse dinero con el que comprar unos días de paz, un poco de felicidad, aunque sólo fuera aparente? La referencia a un suicidio, un crimen, cualquier acto de desesperación se convertía para ella en un auténtico acontecimiento. Todo le remitía a sí misma, a su experiencia, compartía un mismo destino con quien estaba cansado de la vida o desesperado, con la sirvienta seducida o con el niño abandonado. Se dio cuenta de la extraordinaria riqueza de la vida, por duro que fuese el destino, incluso ahora que todo parecía llegar a su fin, no era más que el prelude de un tiempo nuevo que estaba a punto de comenzar. ¿Iba a permitir que aquella mujer depravada hiciera pedazos con sus rudas manos la fabulosa realidad con la que ahora se sentía íntimamente unida? ¿Iba a perder por culpa suya ese mundo infinito al que por primera vez se sentía capaz de incorporarse? ¿Iba a consentir que redujese a escombros todas las cosas grandes y hermosas que había descubierto?

Inconscientemente se consideraba merecedora de un castigo, pero se resistía con uñas y dientes a convertirse en víctima de la fatalidad. ¿Por qué ella precisamente? ¿Acaso era justo que recibiera un castigo tan brutal por un crimen que a ella le parecía insignificante? ¿Cuántas de las mujeres que conocía, vanidosas, frívolas, descaradas, tenían amantes, incluso por dinero, y burlaban a sus maridos sin el menor remordimiento de conciencia? Mujeres que vivían en la mentira, sintiéndose tan cómodas como en su propia casa, que ganaban atractivo con su secreto, a las que volvía más fuertes la persecución, más inteligentes el peligro, mientras ella se derrumbaba impotente, presa del miedo, al primer desliz.

Por otra parte, ¿se le podía considerar culpable? En lo más íntimo de su ser, su antiguo amante le resultaba del todo indiferente, jamás se había entregado a él ni le había dado nada de su verdadera vida. Ella no había recibido nada de él, ni le había

entregado nada. Todo aquello era agua pasada y estaba olvidado. No había sido ella quien había vivido una aventura, sino otra mujer, a la que ya no entendía y de la que ni siquiera quería acordarse ya. ¿Era lícito castigar un delito que ya había expiado el paso del tiempo?

Sintió un repentino escalofrío. Aquella idea no era suya. ¿Quién la había puesto en su cabeza? Alguien cercano a ella, hacía muy poco, tan sólo unos días atrás. Se puso a pensar y quedó horrorizada al descubrir que había sido su propio marido. Regresó de una vista hundido y con el rostro desencajado. Por lo general era parco en palabras y le bastó una frase para explicar a su mujer y a unos amigos que estaban de visita lo que había ocurrido:

—Hoy se ha condenado a un inocente.

Tanto ella como los demás le preguntaron qué había querido decir. Entonces, visiblemente afectado, les contó que acababan de condenar a un ladrón por un robo que había cometido tres años antes. En su opinión, el castigo llegaba a destiempo, ya que después de tres años no se podía decir que el hombre fuera el autor de aquel crimen. Se castigaba a otro hombre y se le castiga además doblemente, después de pasar tres años prisionero en las mazmorras del miedo, con la permanente inquietud de que un tribunal le declarase culpable.

Recordó con espanto que aquella tarde había discutido el razonamiento de su marido. Desde su punto de vista, completamente ajeno a la vida real, el reo era poco menos que una alimaña, un parásito que amenazaba el bienestar burgués y había de ser descastado a toda costa. Ahora se daba cuenta de lo terribles que habían sido sus palabras, y lo bondadosas y justas que resultaban las de su marido. Pero ¿sería tan comprensivo con ella? ¿Aceptaría que no había amado a aquel hombre, sino la aventura que le ofrecía vivir? ¿Reconocería que también él era culpable por haberla mimado demasiado, por procurarle el bienestar con el que su alma se había adormecido? ¿Se mostraría igual de magnánimo con ella, ahora que era juez y parte?

Pero el destino se encargó de frustrar tan amables esperanzas. Al día siguiente llegó otra nota, que volvió a espolear su miedo, si es que alguna vez se había aplacado. Esta vez le pedía doscientas coronas. Las entregó sin rechistar. Este repentino aumento en sus demandas le pareció preocupante. Si las cosas continuaban así, no estaría en condiciones de pagar el precio que la mujer exigía. Aunque de familia acomodada, no podía retirar grandes sumas de dinero sin llamar la atención. Y, por otra parte, ¿de qué le serviría? Estaba segura de que mañana serían cuatrocientas coronas y luego mil, cada vez más, hasta que ya no tuviera suficiente dinero para comprar su silencio, entonces llegaría la carta anónima y, con ella, su perdición. Lo que estaba comprando no era más que tiempo, lo justo para tomarse un respiro, dos días de descanso, tal vez tres, una semana a lo sumo, días envenenados, que sólo le traerían tormento y angustia. Llevaba varias semanas durmiendo mal. De hecho, el sueño era peor que la vigilia, le faltaba el aire, no podía moverse, no descansaba, vivía obsesionada con la amenaza de aquella mujer. No podía leer, era incapaz de hacer nada, el miedo la acompañaba a cada paso. Se sentía enferma. Algunas veces tenía que sentarse hasta que su corazón desbocado se tranquilizaba. Otras una turbadora pesadez se apoderaba de su cuerpo, el cansancio se derramaba sobre sus miembros como si fuera un líquido viscoso, lacerante; sin embargo, era incapaz de conciliar el sueño. Un miedo atroz consumía las raíces de su existencia, envenenaba su cuerpo. En lo más íntimo de su ser deseaba que este mal saliera al exterior y se hiciera visible, que se convirtiera en una dolencia tangible, con un diagnóstico clínico, que despertaría la compasión y la misericordia de la gente. En estas horas de silencioso tormento envidiaba a los enfermos. ¡Cuánto habría dado por yacer en la cama de un sanatorio, una cama blanca en una habitación de paredes también blancas, rodeada de cuidados y atenciones! Recibiría visitas, le traerían flores, todos la tratarían con cariño, hasta que entre las nubes de dolor empezara a adivinarse un sol radiante, el de su curación. En esas circunstancias podría quejarse siempre que sintiera dolor, mientras que ahora tenía que representar en todo momento una penosa tragicomedia, fingir alegría y despreocupación, cuando cada día y casi cada hora afrontaba una nueva prueba. Tenía los nervios de punta, pero debía mantener la sonrisa y parecer feliz. Para que nadie sospechase la infinita tensión que se ocultaba en su pecho, para dominarse y no perder la compostura, hacía un esfuerzo verdaderamente heroico y, sin embargo, inútil.

De todos los que la rodeaban sólo había una persona, eso se figuraba ella, que sospechaba que algo terrible le estaba ocurriendo. Se sentía vigilada por su marido y esto la obligaba a redoblar su cautela. No le quitaba ojo de encima, y ella se veía obligada a hacer lo mismo con él. Se rondaban día y noche, trazando círculos uno alrededor del otro, tratando de descubrir el secreto que ocultaba su pareja sin revelar el propio. Poco a poco, su marido había ido cambiando. El tono inquisitorial y el rigor de los primeros días había dejado paso a un trato amable y bondadoso, que, casi

sin querer, le recordaba a su época de novios. La trataba como a una enferma, con un cariño que la confundía, se sentía violenta al recibir un amor que no merecía y que, por otro lado, no dejaba de resultar inquietante, ya que podía tratarse de una argucia, para que bajase la guardia y poder destapar su secreto en el momento menos pensado. Desde la noche en que la escuchó hablar en sueños y el día en que vio la carta en sus manos, su desconfianza se había transformado en compasión. Se acercaba a ella con ternura, como si quisiera ganarse su confianza. Ella vencía sus recelos y se mostraba condescendiente, pero al momento volvían a asaltarle las dudas y se ponía a la defensiva. ¿Sería una estrategia, el señuelo que utiliza el juez para ganarse la confianza del acusado y hacerle caer en la trampa? ¿Estaría tendiéndole un lazo que se tensaría en el momento oportuno dejándola indefensa y a su merced? ¿O acaso había abandonado la persecución, porque ya no podía soportar verla así y porque su amor hacia ella era tan grande que sufría en secreto su mismo dolor? Observó con un ligero estremecimiento que, en ocasiones, su marido se acercaba a ella y parecía ofrecerle una salida, ponía en sus manos las palabras que podrían liberarla, trataba de facilitarle y hacerle atractiva la confesión, el reconocimiento de su culpa. Ella sabía cuál era su intención y le estaba verdaderamente agradecida por la bondad que demostraba. Sin embargo, en estas circunstancias, sus sentimientos se revolvían y crecía en ella la vergüenza, que la dejaba sin palabras y la invitaba a guardar un celoso silencio, mayor incluso que el que le había impuesto la desconfianza.

Y fue durante aquellos días cuando él le habló con toda sinceridad, cara a cara. Ella había llegado a casa y, al entrar, oyó voces desde el recibidor. Su marido empleaba un tono enérgico, cortante, la institutriz parecía estar echando una regañina y al fondo se escuchaban los sollozos entrecortados de los niños. Al principio se alarmó. Siempre que había cualquier desorden en la casa se estremecía de miedo. Era el sentimiento con que respondía a todo lo que se saliese de lo habitual. No podía apartar de su mente la idea de que la carta hubiera llegado y su secreto hubiese salido a la luz. Siempre que volvía de la calle y entraba en el salón, examinaba con cuidado el rostro de los que allí estaban y preguntaba si se había producido alguna novedad en su ausencia, temiendo que la catástrofe se hubiera desatado, mientras ella estaba fuera. Esta vez, el alboroto obedecía simplemente a una riña entre los dos hermanos, que, según pudo ver, estaban siendo sometidos a un pequeño juicio improvisado. Una de sus tías había traído algunos días atrás un juguete para el muchacho: un caballito de colores. También su hermanita había recibido regalos, aunque más sencillos, porque era más pequeña. Aquello despertó su envidia. Enseguida trató de hacer valer su derecho sobre el caballo, pero todo fue en vano. Puso tanto empeño que el muchacho se enfadó y le prohibió incluso que tocase su juguete. Al principio, la niña protestó rabiosa, pero luego se sumió en un silencio absoluto, tenso, obstinado. A la mañana siguiente, el caballito había desaparecido sin dejar rastro y los esfuerzos del muchacho por encontrarlo no sirvieron de nada. El pobre acabó descubriéndolo por casualidad en la estufa: estaba hecho pedazos, las piezas de madera rotas, la piel de

colores arrancada, incluso le habían sacado el relleno. Como es natural, las sospechas recayeron inmediatamente en la pequeña. El muchacho había acudido llorando al padre para denunciar la maldad de su hermana, que no podía quedar impune. En ese preciso momento estaba empezando la vista.

Irene sintió una repentina envidia. Cuando los niños tenían alguna preocupación, preferían acudir a él, nunca hablaban con ella. ¿Por qué? Desde siempre habían confiado en su padre para resolver sus conflictos y ella prefería que fuera así, porque de ese modo podía desentenderse de estas pequeñas pependencias. Ahora, sin embargo, le habría gustado que contasen con ella, porque no dejaba de ser una muestra de amor y de confianza.

El pequeño juicio tuvo un rápido desenlace. Al principio, la niña lo negó todo, aunque ni siquiera se atrevía a levantar los ojos y la forma en que le temblaba la voz la delataba. La institutriz testificó en su contra. Había oído que la pequeña, en su ofuscación, había amenazado con lanzar el caballito por la ventana. La niña se esforzaba en vano por negarlo. Se produjo un pequeño alboroto en el que se mezclaron lamentos y sollozos. Irene miró a su marido: sintió que no estaba juzgando a la niña, sino a ella misma. Tal vez al día siguiente tendría que comparecer ante él, temblando y con la voz quebrada. Su marido miró con severidad a la niña, que se obstinaba en mantener la mentira. Entonces habló tranquilamente con ella para vencer su resistencia. No perdió los nervios en ningún momento. Aún se obstinaba en negarlo todo, pero él le habló con cariño, demostrando comprender los motivos de su acción y disculpando en cierta medida aquel acto abominable, cuyas consecuencias no había previsto, porque estaba seguro de que no había querido hacer daño a su hermano. Así, con afecto y sutileza, hizo entender a la niña, que cada vez se sentía más insegura, el error que había cometido: podía comprender lo que la había llevado a actuar así, pero eso no significaba que lo aprobase y, desde luego, era obvio que merecía un castigo. Al llegar a este punto, la niña empezó a sollozar. Pronto, hecha un mar de lágrimas, reconoció su culpa balbuceando.

Irene se apresuró a consolar a su hija abrazándola, pero la pequeña la rechazó enojada. A su marido tampoco le pareció bien aquella precipitada muestra de compasión: lo que había hecho la niña no podía quedar impune, así que le impuso un castigo, que a pesar de no ser muy severo sí era considerable para su edad: al día siguiente estaba invitada a una fiesta que la muchacha llevaba semanas esperando, pero a la que no acudiría. La niña escuchó la sentencia entre lágrimas. El muchacho celebró triunfante la decisión de su padre con gritos de júbilo, pero su alegría resultó ser prematura, aquella burla malintencionada le hacía acreedor de la misma pena que se le había aplicado a su hermana y también a él se le retiró el permiso para ir a aquella fiesta infantil, para que aprendiese que nadie debe alegrarse del mal ajeno. Tristes y con el único consuelo de compartir el mismo castigo, los niños se retiraron e Irene se quedó a solas con su marido.

Ahora, por fin, tendría la ocasión de dejar a un lado las mentiras y, aprovechando

el pretexto que le ofrecía la conversación entre padre e hija y la confesión de ésta, podría hablar de su propio delito y de la culpa que arrastraba. Sintió cierto alivio ante la idea de poder confesar, aunque fuera de forma velada, y pedir perdón. Si gracias a su intercesión, su marido se apiadaba de la niña, sería un signo inequívoco de que, llegado el caso, mostraría la misma misericordia con ella y entonces tal vez se podría aventurar a contárselo todo.

—Oye, Fritz —empezó a decir—, ¿de veras no vas a dejar que los niños vayan a la fiesta de mañana? Se pondrán muy tristes, especialmente la pequeña. Al fin y al cabo, lo que ha hecho no es tan terrible. ¿Por qué eres tan estricto con ella, no te da pena?

Él la observó. Luego tomó asiento y se acomodó. Parecía dispuesto a examinar la cuestión detenidamente. Ella tuvo el presentimiento, gozoso y terrible al mismo tiempo, de que lo que dijera se podría aplicar palabra por palabra a su caso. Esperaba ansiosa que su marido rompiera aquel prolongado silencio. ¿Estaría poniéndola a prueba o quería pensar con cuidado lo que estaba a punto de decir?

—Me preguntas si no me da pena. Te responderé: hoy no. Ahora que ha recibido su castigo, aunque le duela, empezará a sentirse mejor. Seguro que ayer sufría mucho más. El pobre caballito estaba roto en la estufa, todos andábamos de cabeza buscándolo y su angustia crecía a cada momento temiendo nuestra reacción ante el hallazgo, sabiendo que al final descubriríamos lo que había pasado. El miedo es peor que el castigo, porque éste es algo determinado y, por severo que sea, no se puede comparar con el temor que despierta en nosotros lo incierto, una tensión espantosa, que no conoce límite. Al conocer su castigo, ha sentido un enorme alivio. No debes dejarte engañar por sus lágrimas: ahora han aflorado, pero hace tiempo que las derramaba por dentro, y créeme cuando te digo que las lágrimas hacen mucho más daño dentro que fuera. Si no fuera una niña o si pudiera ver de alguna manera lo que guarda en su corazón, estoy convencido de que descubriría que ahora está en paz, a pesar del castigo y de las lágrimas, y seguramente es más feliz que ayer, cuando andaba por ahí fingiéndose despreocupada y nadie sospechaba de ella.

Irene levantó la cabeza. Era como si cada una de aquellas palabras estuviera dirigida a ella, pero él no pareció reparar en la emoción que manifestaba y continuó hablando con pleno convencimiento:

—Ésa es la verdad, puedes creerme. Estoy acostumbrado a verlo en el tribunal y en los interrogatorios. Los acusados sufren por la carga que supone tener que fingir, por la amenaza de ser descubiertos, por la necesidad de defender una mentira vulnerable en mil pequeños detalles, que a ellos se les escapan. Es terrible acudir a una causa en la que el juez ya lo tiene todo: el delito, las pruebas, incluso ha redactado la sentencia, y sólo le falta la confesión, que esconde el acusado y no quiere soltar, pese a quien pese. Es espantoso ver cómo el acusado se encorva y se retuerce, porque no quiere revelar el secreto que oculta, como si la propia carne se resistiera y hubiera que arrancárselo por la fuerza, con un gancho. Algunas veces

tiene las palabras en la garganta y una fuerza irresistible empuja desde dentro para que salgan, pero en el momento decisivo terminan ahogadas. Un miedo incomprensible, una violenta obstinación, le obligan a tragárselas de nuevo. Y la lucha comienza una vez más. Algunas veces, los jueces sufren más que el propio acusado. Él los suele considerar sus enemigos, cuando en realidad sólo pretenden ayudarlo. Y yo, como su abogado, encargado de su defensa, debería animar a mis clientes a que mantengan sus mentiras y no confiesen jamás, pero muchas veces no me atrevo, porque veo que sufren más negando su culpa que reconociéndola y aceptando su castigo. Todavía no he conseguido entender que una persona se atreva a cometer un delito y luego no tenga el valor de admitirlo. Este miedo mezquino a pronunciar unas palabras me parece más lamentable que cualquier crimen...

—¿Tú crees que... que siempre es eso? ¿Que es el miedo... lo que impide hablar a estas personas? ¿No podría ser...? ¿No podría ser la vergüenza... la vergüenza de confesar... de desnudarse ante otras personas?

Su marido levantó la vista sorprendido. No estaba acostumbrado a que ella le interrumpiese haciendo preguntas, cuando él estaba hablando. Pero lo que había dicho le dejó fascinado.

—Tú dices que la vergüenza... Pero la vergüenza... no es más que otra forma de miedo... aunque más elevada... porque lo que se teme no es el castigo... Sí, puede que tengas razón... —Se había puesto de pie y recorría la habitación de un lado a otro. Las palabras de ella parecían haber removido algo en su interior, algo que despertaba y se agitaba tumultuosamente. De pronto se detuvo—. Lo admito... La vergüenza ante la gente, ante los extraños... ante el populacho que devora la carnaza que publican los periódicos, juzgando sin piedad las faltas de otros... Pero eso no es obstáculo para confesar la culpa a aquellos que están de tu lado... ¿Te acuerdas de aquel pirómano al que defendí el año pasado...? Confiaba mucho en mí... Me lo contaba todo, pequeñas historias de su infancia... hasta los detalles más íntimos... Había cometido un delito y fue condenado por ello... pero jamás lo admitió ante mí... Creo que lo que le impidió hacerlo fue el miedo a que yo pudiera traicionarlo... no la vergüenza. Él confiaba en mí, desde luego... Creo que yo era el único por el que había sentido algo parecido a la simpatía... en toda su vida. No... no creo que fuera la vergüenza ante un extraño lo que le impulsó a callar. ¿Cómo iba a sentir vergüenza de mí, si me confiaba todos sus secretos?

—Tal vez... —dijo ella volviendo el rostro, porque se sentía observada y la voz le empezaba a temblar—, tal vez... la vergüenza es mayor... cuando uno tiene que confesar su culpa... a alguien cercano.

Él se detuvo en seco, como si hubiera sentido una violenta sacudida en su interior. De repente, su voz había cambiado, sonaba suave, velada:

—¿Quieres decir... que a Helene... le habría resultado más fácil admitir su culpa ante otra persona? ¿Tal vez ante la institutriz...?

—Estoy convencida de que si ha opuesto tanta resistencia se debe a que eras tú

quien la interrogaba... porque... porque tu juicio es importante para ella... porque... porque... ella... te quiere más que a nada en el mundo...

Una vez más, su marido se detuvo bruscamente.

—Bueno... tal vez tengas razón... Sí, seguro que la tienes... Aunque me parece extraño... Nunca me había parado a pensar en ello... pero es razonable... Tal vez haya sido demasiado estricto, ya me conoces... no era ésa mi intención. Pero voy a arreglarlo ahora mismo... Le permitiré que vaya a la fiesta... Sólo quería castigarla por su obstinación, por sus mentiras y por... su falta de confianza en mí... Pero tienes razón, no quiero que creas que no soy capaz de perdonar... No me gustaría que pensaras que no tengo compasión... sobre todo tú, mi querida Irene...

Se quedó mirándola y ella sintió que se sonrojaba. ¿Habría dicho aquello con alguna intención o era una simple casualidad? ¿No estaría tratando de engañarla? Era terrible no saber qué pensar sobre lo que acababa de oír.

—Voy a levantarle el castigo. —Parecía embargado por una exultante alegría—. Perdono a Helene. Voy a decírselo ahora mismo. ¿Estás contenta conmigo? ¿Querrías pedirme algo más? Ya ves... hoy me siento generoso... Me pone de buen humor evitar que se cometa una injusticia. Siempre es un alivio, Irene, créeme...

El tono de sus palabras le dio a entender que esperaba algo de ella. Casi sin darse cuenta, se acercó a él. Sentía que las palabras estaban a punto de brotar de su boca. Su marido dio un paso al frente, como si estuviera dispuesto a recibir de sus manos la carga que oprimía su corazón. En ese momento, su mirada se cruzó con la de él. Vio el afán con que perseguía la verdad, el ansia por descubrir su secreto, la ardiente impaciencia con que aguardaba su confesión y, de repente, todo se vino abajo. Dejó caer las manos sin fuerza y se dio la vuelta. Era inútil, pensó ella, jamás podría pronunciar esas palabras, las únicas capaces de liberarla del fuego que ardía en su interior y le robaba la paz. Las palabras de su marido resonaban en la habitación como un trueno. No tenía escapatoria. En secreto deseaba lo que hasta entonces más había temido: verse descubierta, que cayera sobre ella un rayo liberador y la fulminara.

Su deseo pareció cumplirse más rápido de lo que sospechaba. La lucha de Irene duraba ya dos semanas y sentía flaquear sus fuerzas. Habían pasado cuatro días sin que hubiera tenido noticias de aquella mujer. Cada vez que llamaban a la puerta el miedo traspasaba su cuerpo y revolucionaba su sangre. Se levantaba a toda prisa y salía disparada para interceptar el mensaje antes de que fuera demasiado tarde. Había impaciencia, casi nostalgia en esta espera, pues cada vez que entregaba dinero compraba una tarde sin preocupaciones, unas horas con los niños, un paseo. Por una noche, por un día podía respirar aliviada, ir por la calle, visitar a sus amigos; naturalmente, no perdía de vista que aquello eran tan sólo un sueño, sabía con certeza que el peligro la acechaba constantemente, oculto a la vuelta de la esquina, y no se dejaba engañar por aquel falaz consuelo, que se esfumaba como por encanto al llegar la noche y, con ella, las pesadillas que consumían su sangre.

Una vez más salió de estampida al oír que llamaban a la puerta. Era consciente de que su comportamiento acabaría levantando sospechas, pero la inquietud podía con ella y no dejó de adelantarse al sirviente a pesar de los recelos que pudiera atraer sobre sí. La fría reflexión cedía ante el miedo que le daba oír el teléfono, unos pasos a su espalda mientras caminaba por la calle o la campanilla de la puerta. En esos momentos, su cuerpo se convulsionaba como si recibiese un latigazo. Salió de su habitación y acudió a la entrada para ver quién era. Al abrir se quedó confusa un instante, al principio no reconoció a la dama que tenía delante, pero luego retrocedió espantada, al ver bajo el elegante sombrero el rostro odiado de la mujer que la chantajeaba, ahora impecablemente vestida.

—¡Ah, pero si es usted, señora Wagner! ¡Cuánto me alegro! Tenemos que hablar de algo importante.

Y sin esperar la respuesta de Irene, que se apoyaba en el picaporte de la puerta con la mano temblorosa, pasó y dejó a un lado un paraguas de tela roja, algo extravagante, que a buen seguro había sido fruto de su chantaje. Se movía con una tremenda seguridad, como si estuviera en su propia casa, contemplando con agrado y desenvoltura el soberbio mobiliario. Siguió caminando hacia la puerta central, que estaba abierta y, sin que nadie la invitase, entró en la sala donde se recibía a las visitas.

—¿Es aquí dentro, no es cierto? —preguntó en un tono más o menos burlón.

Irene estaba tan asustada que ni siquiera fue capaz de responder. Trató de impedir que pasara, pero la mujer le dijo:

—Tranquila. Si se siente violenta, podemos resolverlo en un minuto.

Doña Irene la siguió sin rechistar. La idea de tener a la chantajista en su propia casa la dejó aturdida. Su atrevimiento había ido mucho más allá de lo que hubiera podido imaginar. Era como si estuviera soñando.

—Muy bonita, tiene usted una casa muy bonita —comentó visiblemente complacida, mientras se sentaba—. ¡Ah, qué butacas más cómodas! ¡Y cuántos

cuadros! Ahí es donde se nota la diferencia entre ustedes y los ignorantes como nosotros. ¡Tiene usted una casa muy bonita, señora Wagner, muy bonita!

Entonces, al ver a aquella sinvergüenza disfrutando de la comodidad de su casa, no pudo contener su ira por más tiempo.

—¡Ya está bien! ¿Qué es lo que quiere? ¡No sé cómo tiene la desfachatez de venir a chantajearme en mi propia casa! Pero no voy a consentir que siga martirizándome. ¡Ahora mismo...!

—No grite —intervino la mujer con una seguridad insultante—. Piense que la puerta está abierta y que el servicio podría oírlo. No es que me importe demasiado, entiéndame. Bien sabe Dios que, si me mandan a prisión, mi vida no será peor que ahora. Pero usted, señora Wagner, debería ser un poco más prudente. Mire, si va a acalorarse, iré a cerrar la puerta, pero le advierto que los insultos no me afectan en absoluto.

Las fuerzas de doña Irene, enardecidas por aquel arranque de ira, volvieron a hundirse en la impotencia ante la desfachatez de aquella mujer. Se quedó allí, de pie, humilde e inquieta, como un niño que espera que le dicten los deberes.

—Bueno, señora Wagner, no voy a extenderme demasiado. No va conmigo, ya lo sabe usted. Ya se lo he dicho. Necesito dinero para saldar unas deudas. Hace mucho que debería haber pagado. Además tengo ciertos asuntos pendientes y también me gustaría tapar algunos agujeros... Por eso he venido a verla. Necesito que me eche una mano... Estamos hablando de unas cuatrocientas coronas.

—¡Imposible! —balbuceó doña Irene, asustada por una cantidad tan alta, de la que no disponía en efectivo—. No tengo ese dinero... créame. Ya le he dado trescientas coronas este mes. ¿De dónde voy a sacar ahora cuatrocientas más?

—Bueno, seguro que se le ocurre algo, piense un poco. Una mujer tan rica como usted puede conseguir todo el dinero que desee. Pero tiene que querer, claro. Así que piense un poco, señora Wagner, ya verá como algo se le ocurre.

—Pero le estoy diciendo la verdad... No tengo ese dinero. No es por falta de voluntad... Se lo daría con mucho gusto, pero no lo tengo. Podría entregarle una parte... cien coronas tal vez...

—Ya le he dicho que necesito cuatrocientas coronas.

Ofendida por el tono exigente de la mujer, respondió con aspereza.

—¡Pues no las tengo!

Era desesperante. Pensó qué ocurriría si en ese momento se presentara su marido, que ya estaba al caer.

—Se lo juro, no las tengo...

—Pues entonces tendrá que conseguir las...

—No puedo.

La mujer la examinó de arriba abajo como si estuviera tasando su valor.

—Bueno... fíjese en ese anillo que lleva... ¿Cuánto cree que le darían si lo empeñase? Como puede suponer, no estoy familiarizada con las joyas... Jamás he

tenido ninguna... Pero me parece que cuatrocientas coronas sí se podrían sacar...

—¡El anillo! —exclamó doña Irene.

Era su anillo de compromiso, el único que nunca se quitaba. Tenía una piedra preciosa bellísima, que explicaba su alto valor.

—Bueno, ¿y por qué no? Yo le haría llegar la papeleta de empeño y usted podría recuperarlo cuando quisiera. No lo va a perder, esté tranquila. No tengo intención de quedármelo. ¿Qué va a hacer una persona tan pobre como yo con un anillo que da un porte tan señorial?

—¿Por qué me persigue? ¿Por qué me atormenta? No puedo... no puedo. Tiene que comprenderlo... Ya ve que he hecho todo lo que he podido. Tiene que comprenderlo. ¿Es que no tiene compasión?

—Nadie ha tenido compasión conmigo. He estado a punto de morirme de hambre y a nadie le ha importado. ¿Por qué he de tener compasión de una mujer rica?

Irene iba a responder con vehemencia, pero entonces oyó un chasquido y su sangre se paralizó. Era el sonido de la puerta al cerrarse. Debía de ser su marido, que regresaba de su despacho. Sin pararse a pensar en lo que hacía, se arrancó el anillo del dedo y se lo entregó a la mujer, que ya lo esperaba y se lo guardó rápidamente.

—No se preocupe. Ya me voy —anunció al advertir aquel miedo indescriptible en su rostro y la creciente tensión a medida que los pasos se iban aproximando.

Abrió la puerta, saludó al marido de Irene al cruzarse con él y desapareció. Él se quedó mirándola un instante, pero no pareció notar nada especial.

—Era una dama que venía por una información —explicó Irene al límite de sus fuerzas, en cuanto la puerta se cerró detrás de la mujer.

Lo peor ya había pasado. Su marido no preguntó nada y entró tranquilamente en el comedor, donde la mesa ya estaba preparada.

Irene sentía como si el aire le abrasara el contorno del dedo que hasta entonces había estado protegido por el frío aro del anillo. Pensaba que todos se fijarían en aquella especie de aureola que había dejado, como si fuese un estigma. Se esforzó por mantenerla oculta durante la comida, tratando de controlar sus nervios, porque la mirada de su marido buscaba incesantemente su mano, siguiéndola en cada movimiento. Puso todo su empeño en desviar su atención haciendo todo tipo de preguntas. No dejaba de hablar con él, con los niños, con la institutriz; sus observaciones trataban de llevar adelante una conversación, que se agotaba una y otra vez, y acababa ahogándose en sí misma por falta de aliento. Procuraba mostrarse alegre y que los demás también lo estuvieran, bromeaba con los niños y les animaba a jugar uno con otro, pero no consiguió que se involucraran en el juego y tampoco que se rieran. Pensó que los demás se estaban dando cuenta de que su alegría era falsa y, por eso, la miraban extrañados. Cuanto más lo intentaba, peores resultados obtenía. Al final se rindió y prefirió guardar silencio.

Los demás también callaban. Sólo oía el leve tintineo de los platos. La voz del miedo fue elevándose en su interior. Entonces, su marido preguntó de repente:

—¿Y tu anillo? ¿Dónde lo has dejado?

Ella se estremeció. Dentro de su cabeza resonaba aquella voz: «¡Se acabó!». Pero su instinto salió en su ayuda una vez más y, sacando fuerzas de flaqueza, buscó desesperadamente unas palabras, una frase con que justificarse. Sólo era una mentira más, la última mentira.

—Pues... lo he llevado a que lo limpien. —Burlar la verdad le dio el aplomo que necesitaba y añadió con rotundidad—: Pasado mañana voy a recogerlo.

Pasado mañana. Ahora estaba atrapada. Si no conseguía recuperar el anillo en dos días, sus mentiras quedarían al descubierto y, con ellas, su secreto. Ella misma se había puesto un plazo. De repente, el miedo y la confusión dejaron paso a un nuevo sentimiento, una especie de alegría al saber que el final estaba tan cerca. Pasado mañana. Ahora existía un plazo, y esta certeza ahuyentaba sus miedos y le infundía una asombrosa tranquilidad. Notaba que algo estaba brotando en su interior, una nueva fuerza, la fuerza que necesitaba para vivir o para morir.

La seguridad de que el final estaba cerca despejó su mente. El nerviosismo cedió a una ordenada reflexión; el miedo, a una serenidad cristalina que jamás había experimentado. De repente, las cosas se aclaraban y todo lo que conformaba su existencia cobraba auténtico valor. Poco a poco, su vida iba ganando peso, si podía aferrarse a ella y conservar lo que el miedo le había enseñado durante estos días, si estaba a la altura, si conseguía empezar de cero, sin mentiras, sería capaz de afrontar lo que viniera. En cambio, si tenía que vivir separada de los suyos, como una adúltera, manchada por el escándalo, incluso si tenía que continuar con este peligroso juego, comprando una tranquilidad caduca, el cansancio la vencería. No aguantaba más, aquello tenía que terminar de una vez. Todo lo que la rodeaba, su marido, sus hijos, incluso ella misma conspiraban para que se delatara. No podía huir de una enemiga que parecía omnipresente. Y ahora sabía que confesar su culpa y pedir clemencia tampoco era una opción. El único camino que se abría ante ella era un camino sin retorno.

La vida todavía la tentaba. Aquél era uno de esos días de primavera, que a veces irrumpen intempestivamente en el seno marchito del invierno, un día luminoso, de cielos abiertos, infinitamente azules, que invitaban a respirar y disfrutar de esta tregua en la estación más sombría del año.

Los niños se vistieron con colores claros, era la primera vez que llevaban aquella ropa aquel año y ella se emocionó al verlos y tuvo que esforzarse por contener las lágrimas al ver su arrebatadora alegría. Luego el eco de sus risas se extinguió y ella se puso manos a la obra para llevar a la práctica las decisiones que había tomado. Lo primero era recuperar el anillo. No sabía cuál sería su destino, pero estaba dispuesta a ahuyentar cualquier sombra de duda que pudiese empañar su recuerdo, nadie debía poseer una prueba tangible de su delito. El mundo, y sobre todo sus hijos, no sospecharían jamás el terrible secreto que se llevaría con ella; parecería un accidente fortuito del que no se podría responsabilizar a nadie.

Acudió directamente a una tienda de empeños. Llevó una joya que había heredado y casi nunca se ponía, de este modo obtendría el dinero que necesitaba para recobrar su anillo y borrar las huellas de su traición. La suma que consiguió no era nada desdeñable y empezó a sentirse más segura. Salió entonces a pasear sin rumbo, anhelando en lo más íntimo de su ser lo que tanto había temido hasta ese mismo día: encontrarse con la mujer que estaba chantajeándola. El aire era suave y la luz del sol caía blandamente sobre las casas. La gente parecía haberse contagiado de la fuerza del viento, que empujaba las blancas nubes en lo alto del cielo, todos caminaban decididamente, con un brío que no se veía otros días, cuando el ambiente era mortecino y crepuscular. Ella misma notaba ese impulso en su interior. La idea de morir, concebida el día anterior inesperadamente, no había abandonado su mente en ningún momento, notaba en sus manos temblorosas cómo iba creciendo, era colosal, sólo pensar en ella hacía que se nublaran sus sentidos. ¿Cómo era posible que las

palabras de una cualquiera pudieran destruir todo esto, las casas, sus fachadas deslumbrantes, los coches que pasaban a toda velocidad, la gente que reía y aquella ebriedad que se apoderaba de su sangre? ¿Qué palabra tenía el poder de extinguir la llama infinita con la que el mundo entero se inflamaba en su corazón palpitante?

Anduvo y anduvo, pero no cabizbaja, sino alerta, ansiosa por encontrarse cara a cara con la mujer. La presa buscaba ahora al cazador. Cuando ya no es posible escapar, hasta el animal más débil se vuelve de repente contra su perseguidor con la fuerza que le da la desesperación y se enfrenta a él en una lucha a vida o muerte. Eso era lo que ella deseaba en aquel momento, enfrentarse a su perseguidora y luchar con todas sus fuerzas. El deseo de vivir es más fuerte que cualquier otro sentimiento, incluido el miedo. Permaneció deliberadamente en los alrededores de su casa, donde aquella mujer solía acecharla. Una vez creyó reconocerla y cruzó la calle a toda prisa. Por desgracia, no era más que una muchacha que vestía con ropa parecida. Ya no luchaba sólo por el anillo, que al fin y al cabo no significaba más que un aplazamiento de lo inevitable, no una liberación, deseaba ardientemente este encuentro para enfrentarse por fin a su destino y que él dictaminase si había de vivir o morir. Ésa era su decisión y también una forma de recuperar el control sobre su existencia. Sin embargo, la mujer no aparecía. Estaría metida en su agujero como una rata, perdida en el infinito tumulto de aquella gigantesca ciudad. Decepcionada, pero sin perder la esperanza, regresó a casa a mediodía para volver a salir inmediatamente después de comer. Debía proseguir la búsqueda. Vagó por las calles. No la encontró en ninguna parte. Por un momento volvió a sentir miedo. Ya no era la persona ni el anillo lo que la inquietaba, sino el misterio que envolvía sus encuentros. Era incomprensible, absurdo. Aquella mujer se había enterado de su nombre y de su dirección como por arte de magia. Estaba al tanto de su horario y de su vida doméstica, había aparecido en los momentos más delicados y peligrosos, y ahora que deseaba dar con ella, estaba desaparecida. En alguna parte tenía que ocultarse. Seguramente estuviera cerca, pasaría desapercibida en medio del ajetreo de las calles, sí, seguro que estaba allí y, sin embargo, era invisible, podía desaparecer cuando lo deseara. Lo impreciso de la amenaza, la inexplicable ausencia de la mujer que había puesto su vida en peligro y, sin embargo, ahora desaparecía, inspiró un miedo casi místico en la desfalleciente Irene. Era como si los hados del infortunio se hubiesen conjurado contra ella para forzar su caída y ahora se burlasen de su debilidad haciendo que la suerte le fuese adversa. Nerviosa, febril, siguió recorriendo la calle de un lado a otro. Igual que una prostituta, pensó. Pero la mujer seguía sin aparecer. La oscuridad empezó a deslizarse entre las casas amenazadoramente, el día de primavera tocaba a su fin y la tarde pintó el cielo, normalmente turbio y sucio, con colores claros. Cuando por fin cayó la noche, las llamas de las farolas se encendieron para iluminar las calles, la marea de personas descendía poco a poco, la gente regresaba a sus casas, la vida parecía desaparecer con aquella oscura corriente. Irene seguía recorriendo la calle de un lado a otro, escudriñando los rincones con un último

rayo de esperanza. Al final decidió volver a casa. Estaba muerta de frío.

Subió las escaleras agotada. Ya habían mandado a los niños a la cama y ahora estaban a punto de acostarse, pero no quiso pasar a darles las buenas noches, cuando lo que rondaba su cabeza era la noche eterna. Además, ¿para qué iba a verlos ahora? ¿Para disfrutar de sus besos, para ver el amor en sus rostros iluminados por la inocente alegría? ¿Para qué atormentarse contemplando la dicha que había perdido? Apretó los dientes: no, no quería más de la vida, renunciaría a su bondad y a sus risas, que evocaban en ella tantos recuerdos, porque mañana había de romper definitivamente con todo aquello. Lo mejor era concentrarse en lo repugnante, lo feo, lo vulgar, pensar en la fatalidad, en aquella mujer, en el chantaje, en el escándalo, en todo lo que la empujaba al abismo.

Su marido regresó a casa interrumpiendo su muda y solitaria reflexión. Se acercó a ella amablemente y trató de entablar una alegre conversación preguntándole mil cosas distintas. Le pareció percibir cierto nerviosismo en la repentina solicitud que mostraba con ella, pero rechazó uno a uno todos los temas de conversación que fue sacando, recordando lo que había sucedido el día anterior. Sintió miedo y pensó que no podía dejarse atrapar por los afectos. El cariño de su marido no era motivo suficiente para retenerla allí. Él pareció notarlo y de alguna manera se preocupó. Ella, por su parte, temió que la preocupación de él aumentase aún más su ternura y, por prudencia, decidió retirarse. Se levantó y le dio las buenas noches.

—Hasta mañana —se despidió él.

Ella salió sin responderle.

Mañana. ¡Qué cerca y qué infinitamente lejos! Inmensa, tenebrosa fue aquella noche en vela. Poco a poco, los ruidos de la calle acabaron extinguiéndose. Las luces que se reflejaban en su cuarto eran cada vez más escasas. A veces creía oír la respiración de los demás en las otras habitaciones, la de sus hijos, la de su marido y la de todos aquellos que tenía tan cerca y, sin embargo, tan lejos. Su mundo se desvanecía y sólo quedaba un silencio indescriptible, que no parecía proceder de la naturaleza, ni de su entorno, sino de dentro, de una fuente misteriosa que corría con un sordo rumor. Se sentía amortajada, encerrada en un ataúd infinito, y las sombras del cielo cubrían su pecho. De vez en cuando, las horas proclamaban su paso en medio de la oscuridad, para al momento siguiente sumirse en una negra noche inerte. Por primera vez creyó entender el sentido de aquella oscuridad vacía, infinita. Ya no pensaba en su marcha y en la muerte, sino en cómo podría fundirse con ella sin llamar la atención, ahorrándoles a los niños y a sí misma la vergüenza de un escándalo. Fue repasando una a una todas las vías que podían conducirla a la muerte, examinó a fondo todas las posibilidades que tenía para poner punto final a su existencia. De repente, un agradable escalofrío recorrió su cuerpo. Recordó que hacía algún tiempo había sufrido una dolorosa enfermedad que le impedía dormir. El médico le había prescrito morfina. Según le había dicho entonces, unas gotas de aquel veneno dulce y amargo, que guardaba en un frasquito de cristal, eran suficientes para

provocar un largo sueño. ¡Qué alegría no volver a sentirse perseguida, poder descansar, descansar hasta el infinito, no volver a sentir el martillo del miedo sobre el corazón! La idea de gozar por fin de aquel sueño, que se le antojaba tan dulce, excitó su mente insomne. Ya creía sentir ese sabor a hiel en los labios y la dulce ofuscación de los sentidos. Se levantó a toda prisa y encendió la luz. No tardó en encontrar el frasquito, pero, por desgracia, ya sólo quedaba la mitad de su contenido y temió que no bastase. Registró febrilmente todos los cajones hasta que por fin encontró la receta que le permitiría obtener una nueva dosis. La dobló sonriendo, como si fuera un billete de incalculable valor. Ahora tenía la muerte en sus manos. Temblando de frío, pero ya más tranquila, se dispuso a volver a la cama; sin embargo, al pasar por delante del espejo iluminado, topó con su propia figura, fantasmal, pálida, con los ojos huecos, envuelta en aquel camisón blanco que parecía un sudario. El horror se apoderó de ella, apagó la luz y buscó refugio en la cama helada, vacía, donde permaneció despierta hasta que amaneció.

Por la mañana quemó sus cartas y puso en orden sus cosas. Evitó en la medida de lo posible ver a los niños y, en general, a todos aquellos por los que sentía cariño. Ahora le convenía apartarse de la vida; por agradable o atractiva que resultase, aferrarse a ella sólo haría más difícil poner en práctica la decisión que había tomado, una decisión irrevocable ante la que no cabían dudas. Luego quiso salir nuevamente a la calle para tentar al destino por última vez. Recorrió sin descanso la ciudad buscando a aquella mujer, aunque sin la tensión de antes; estaba cansada y había perdido las esperanzas que la animaban a seguir luchando. Anduvo y anduvo, simplemente por sentido del deber. Pasaron dos horas. La mujer no aparecía por ninguna parte. Ya ni siquiera le importaba. Casi prefería que fuese así, apenas le quedaban fuerzas. Miraba el rostro de los transeúntes, todos le parecían extraños, todos muertos, todos cadáveres. De algún modo, la vida era remota, la había perdido, ya no le pertenecía.

De pronto sintió un estremecimiento. Al volver la vista hacia el otro lado de la calle, le pareció sentir entre el tumulto la mirada de su marido, aquella mirada ávida, dura, penetrante, que había descubierto en él hacía poco. Observó con inquietud, pero la figura había desaparecido rápidamente detrás de un coche que pasaba. Se tranquilizó pensando que a esa hora estaría como siempre en el tribunal y continuó buscando. Con tanta agitación, perdió la noción del tiempo y llegó tarde a comer. Contra su costumbre, su marido también se retrasó. No fueron más que dos minutos, pero le llamó la atención, y además lo encontró un poco alterado.

Contó las horas que quedaban hasta la noche y sintió un escalofrío al ver que aún eran bastantes. Es asombroso qué poco tiempo se necesita para despedirse y qué poco valor parece tener todo cuando una sabe que no puede llevárselo consigo. Le sobrevino un leve sopor. Mecánicamente volvió a bajar a la calle y comenzó a caminar sin rumbo, al azar, sin pensar ni mirar por dónde iba. En un cruce, un cochero tuvo que frenar a los caballos en el último momento, cuando la lanza del

coche estaba a punto de golpearla. El hombre soltó un improperio, ella apenas se inmutó. Habría sido una solución, aquella casualidad le habría ahorrado tiempo y energía. Siguió avanzando con paso cansado. Le sentaba bien no pensar en nada, saber que su final estaba próximo y abandonarse a esa oscura sensación: era como una niebla que descendía suavemente y lo cubría todo.

Levantó la cabeza para ver el nombre de la calle y se quedó helada al comprobar que sus pasos la habían llevado por casualidad hasta la casa de su antiguo amante. ¿Sería una señal? Tal vez él pudiera ayudarla, debía de conocer la dirección de aquella mujer. Casi temblaba de alegría. ¿Cómo había podido pasar por alto este detalle, lo más sencillo? De pronto volvía a sentir vitalidad en su cuerpo, la esperanza dio a sus perezosos pensamientos, que ahora se cruzaban confusos unos con otros, el impulso que necesitaban para ponerse en orden. Subiría a verle e irían juntos a casa de aquella mujer, donde pondría punto final a aquella historia de una vez para siempre. Tendría que amenazarla para que no siguiera chantajeándola, tal vez bastase cierta suma de dinero para que se marchase de la ciudad. De repente sintió lástima de su antiguo amante. Le pesaba haberle tratado tan mal últimamente, pero él la ayudaría, estaba segura de ello. ¡Qué extraño que la salvación se presentase justo ahora, en el último momento!

Se apresuró a subir las escaleras y llamó a la puerta. Nadie abría. Se quedó escuchando. Le parecía haber oído unos pasos silenciosos detrás de la puerta. Llamó una vez más. De nuevo el silencio y un leve rumor dentro. Entonces la arrebató la impaciencia. Llamó sin cesar, le iba la vida en ello.

Por fin notó movimiento detrás de la puerta, la cerradura dio un chasquido y su antiguo amante abrió una pequeña rendija para ver quién era.

—Soy yo —se apresuró a decir.

Él se quedó helado al verla. Abrió del todo la puerta, pero no la invitó a pasar.

—Eres tú... Es usted... señora —tartamudeó visiblemente confuso—. No estaba... disculpe... no esperaba... su visita... disculpe mi atuendo —dijo señalando las mangas de su camisa.

Tenía la camisa medio abierta y no llevaba cuello.

—Tengo que hablar con usted urgentemente... Tiene que ayudarme —dijo nerviosa, al ver que la dejaba en la escalera como si fuera una mendiga—. Permítame entrar y tenga la bondad de escucharme un minuto —añadió excitada.

—Siempre es un placer hablar con usted —murmuró confuso mirando de reojo—, pero ahora mismo... la verdad es que no puedo...

—Tiene que escucharme. Todo esto es culpa suya. Tiene la obligación de ayudarme... Tiene que conseguir que me devuelva el anillo... O, por lo menos, dígame cuál es su dirección... Ha estado persiguiéndome todos estos días y justo ahora desaparece... Es su deber... ¿Me oye? Tiene la obligación de...

Él la miraba fijamente, sin comprender. Ella siguió hablando atropelladamente, hasta quedarse sin aliento y entonces se dio cuenta de lo incoherentes que eran sus

palabras.

—De acuerdo... Ya veo que no lo sabe... Escúcheme... Su amante, la anterior, me vio salir de su casa y desde entonces me persigue y me chantajea... No deja de atormentarme, va a acabar con mi vida... Ahora me ha quitado un anillo que debo recuperar. Es urgente, debería llevarlo esta misma noche. ¿Me está escuchando? Esta noche... Así que ¿me va a ayudar?

—Pero... pero yo...

—¿Va a hacerlo o no?

—Me gustaría ayudarla, pero no conozco a esa mujer. No sé a quién se refiere. No suelo relacionarme con chantajistas y jamás he tenido un romance con ninguna — su respuesta sonó un poco grosera.

—¿Dice que... que no la conoce? ¡Claro, seguro que ella se lo inventó todo! Pues casualmente sabe su nombre y dónde vivo. Tal vez tampoco sea cierto que ha estado chantajeándome. ¡Tal vez lo haya soñado todo! —concluyó con una risa histérica, chillona.

Él empezaba a sentirse incómodo. Por un instante se le pasó por la cabeza que podría haber perdido la razón. Irene estaba fuera de sí, le salían chispas por los ojos y no dejaba de decir cosas que para él no tenían sentido alguno. Miró a su alrededor con temor.

—Por favor, señora... tranquilícese... Le aseguro que se confunde. Destierre esa idea de su cabeza, tiene que tratarse de un error... No entiendo qué puede haber pasado. No conozco a ninguna mujer que se dedique a chantajear a los demás. Como usted sabe, no llevo demasiado tiempo aquí... Sólo he tenido dos relaciones... No mencionaré ningún nombre, pero ambas son auténticas damas... ¡Sería ridículo...! Estoy convencido de que tiene que ser un error...

—Entonces ¿no va a ayudarme?

—Por supuesto que sí... si está en mi mano hacerlo.

—Entonces... venga. ¡Vayamos juntos a verla...!

—¿A quién...? ¡Dígame a quién!

Ella lo agarró por el brazo. Él volvió a temer que se hubiera vuelto loca.

—A ella... ¿Quiere acompañarme o no?

—Por supuesto que sí... por supuesto. —Sus sospechas aumentaron al ver el afán con que tiraba de él—. No se preocupe... la acompañaré...

—¡Pues venga...! ¡Se trata de un asunto de vida o muerte!

Casi se le escapa la risa, pero luego, de repente, se puso muy serio.

—Perdóneme, señora... pero en este momento no me es posible... Tengo una lección de piano... y ahora no la puedo interrumpir...

—¡Vaya...! ¡Vaya...! —dijo ella riéndose en su cara—. Así que ahora da lecciones de piano... en mangas de camisa. ¡Es usted un mentiroso!

De repente, tuvo un presentimiento, le empujó a un lado y entró en el piso. Él trató de retenerla.

—¡Con que esa mujer está aquí, en su casa! Estabais compinchados y compartíais las ganancias. ¡Os he descubierto! Ahora mismo la haré salir, ya no le tengo miedo a nada —dijo a voz en grito.

Él trató de sujetarla, forcejearon, ella se soltó y salió corriendo hacia la puerta del dormitorio.

Vio retirarse a una persona que había estado escuchando detrás de la puerta. Irene se quedó estupefacta al comprobar que se trataba de una dama a la que no conocía, con el peinado revuelto y la ropa algo desordenada, que ocultó su rostro inmediatamente. Su antiguo amante había entrado en la habitación detrás de ella y trató de sujetarla, estaba convencido de su locura y temía una desgracia. No fue necesario; cuando quiso llegar, Irene ya salía cabizbaja.

—Discúlpeme —murmuró.

Se sentía confusa. No entendía nada, sólo sentía asco, un asco infinito, y cansancio.

—Discúlpeme —repitió, mientras él la seguía con la vista, pues no acababa de fiarse de ella—. Mañana... mañana lo entenderá todo... Ahora mismo... no le puedo decir nada más.

Le hablaba como a un extraño. No había nada que le recordase que una vez se había entregado a aquel hombre. Apenas era dueña de su propio cuerpo. Ahora todo era mucho más confuso que antes. Estaba claro que le habían mentido, pero se encontraba demasiado cansada para seguir pensando, demasiado cansada para ver lo que tenía delante. Con los ojos cerrados bajó la escalera como una condenada que se dirige al patíbulo.

Ya había oscurecido. Por un momento se le ocurrió pensar que la mujer estaría esperándola al otro lado de la calle. Tal vez podría salvarse en el último instante. Sintió el impulso de juntar las manos y rezar a un Dios al que había olvidado. ¡Oh, si por lo menos pudiera comprar unos meses, los pocos meses que quedaban hasta el verano! Buscaría un lugar para vivir apaciblemente, lejos del alcance de aquella mujer, rodeada de prados y campos, sólo sería un verano, pero lo viviría intensamente, tanto que valdría por años enteros. Examinó con interés la calle ya oscura. Al otro lado, en un portal, le pareció distinguir una figura que la observaba, pero cuando se acercó, desapareció en el zaguán. Por un instante creyó advertir cierta semejanza con su marido. Era la segunda vez que sentía el mismo miedo aquel día, encontrarse con él, con su mirada. Dudó. No estaba del todo convencida, pero la figura había desaparecido en las sombras. Inquieta siguió adelante. Sentía una extraña tensión en la nuca, como si una mirada ardiente se clavara en ella. Se volvió una vez más, pero no pudo ver a nadie.

La farmacia no estaba lejos. Sintió un ligero temblor al entrar en ella. Entregó la receta al boticario y éste empezó a elaborar el preparado. En aquellos momentos, su vista lo abarcaba todo: la balanza de precisión, las brillantes pesas, las pequeñas etiquetas y arriba, en los armarios, las filas de recipientes con esencias que tenían extraños nombres en latín. Fue descifrándolos uno a uno, letra a letra, casi sin darse cuenta. Oía el tictac del reloj, aspiraba el característico aroma de los medicamentos, ese olor untuoso, dulzón, y recordó que de niña solía pedirle a su madre que le permitiese ir a la farmacia cada vez que necesitaban algún remedio, porque le encantaba aquel olor y le llamaban la atención aquellos frascos resplandecientes. Entonces se dio cuenta de que había olvidado despedirse de su madre. La pobre anciana le daba una lástima terrible. Se quedaría horrorizada, pensó compungida, pero el boticario ya estaba contando las gotas, sacaba la morfina de un recipiente panzudo y la depositaba en un frasquito azul. Miró atentamente cómo la muerte pasaba de este recipiente al otro más pequeño. Pronto saldría de allí y correría por sus venas. Un escalofrío erizó su piel como una fina lluvia. Absorta, hipnotizada, miraba fijamente los dedos del hombre, que ahora encajaban el tapón en el frasco y colocaban una tira de papel alrededor a modo de precinto. Todos sus sentidos estaban paralizados, fijos en un único pensamiento.

—Dos coronas, por favor —dijo el boticario.

Volvió en sí y miró extrañada a su alrededor. Luego abrió mecánicamente su bolso para sacar el dinero. Todo era como un sueño. Veía las monedas, pero le costaba reconocerlas y, aunque no era su intención, le llevó bastante tiempo contar las que necesitaba para pagar.

En ese instante, alguien la cogió del brazo. Oyó caer unas monedas sobre la bandeja de cristal. Una mano se acercó a la suya y recogió por ella el frasquito.

Volvió la vista casi sin querer y se quedó petrificada. Era su marido. Se

encontraba a su lado. Tenía los labios apretados, el rostro pálido y el sudor humedecía su frente.

A punto estuvo de desmayarse. Se agarró a la mesa para no desfallecer y, de repente, comprendió que había sido él el hombre al que había visto en la calle aquella mañana y también el que había estado observándola hacía un momento en el portal. De alguna forma había intuido su presencia, aunque sólo hubiera sido por un segundo.

—Ven —le dijo él con voz sorda, ahogada.

Ella lo miró absorta y se sorprendió de que su conciencia le obedeciese. Caminó a su lado sin voluntad, sin saber cómo.

Avanzaron por la calle uno junto al otro. No se miraban. Él seguía sosteniendo el frasquito en la mano. En cierto momento se detuvo y se enjugó el sudor que brillaba en su frente. Ella también frenó el paso casi sin querer, sin saber lo que hacía. No se atrevía a levantar los ojos hacia él. Ninguno de los dos dijo una palabra, el ruido de la calle se elevaba entre ambos como una ola.

Al llegar a casa se quedó atrás para permitir que ella subiera las escaleras delante de él. Al no tenerlo a su lado, sus pasos se volvieron vacilantes. Se quedó parada y tuvo que agarrarse al pasamanos para no caer. Entonces, él la sujetó por el brazo. El contacto con su marido le produjo un extraño estremecimiento y se apresuró a subir los últimos escalones tan rápido como pudo.

Entró en la habitación. Él la siguió. Las paredes tenían un brillo oscuro, apenas se podían distinguir los objetos. Aún seguían sin decir palabra. Él rasgó el papel que servía de precinto, abrió el frasquito y vació su contenido. Luego lo tiró violentamente contra un rincón. Ella se estremeció al oír el sonido del cristal.

Permanecieron callados. Ella sentía que su marido estaba haciendo un esfuerzo por contenerse. No necesitaba mirarle para saber que era así. Por fin se aproximó a ella. Cerca, muy cerca. Podía sentir su pesada respiración pegada a ella. Tenía la mirada perdida, nublada, pero pudo ver el brillo de los ojos de él refulgiendo en la oscuridad de la estancia. Esperaba que diese rienda suelta a su ira y se estremeció al sentir la fuerza de su mano al agarrarla por el brazo. Su corazón se detuvo, sus nervios vibraban como cuerdas que se tensan hasta el extremo. Esperaba el castigo, incluso deseaba que cayera sobre ella con todo el rigor. Pero él seguía callado. Con infinito asombro se dio cuenta de que se acercaba dulcemente.

—Irene —dijo suavizando la voz—. ¿Cuánto tiempo vamos a seguir atormentándonos?

Ella dejó escapar un grito repentino, convulso, violento, salvaje, y comenzó a llorar, eran las lágrimas que había estado tragándose todas estas semanas. Era como si una mano la sacudiera desde dentro con toda su furia. Se tambaleaba como una borracha y habría caído al suelo si él no la hubiese sujetado.

—Irene —la tranquilizó—. Irene, Irene...

Fue pronunciando su nombre con un tono cada vez más suave, cada vez más

apacible, como si pudiera relajar sus nervios convulsos modulando aquella palabra con ternura. Pero ella no le respondió más que con lágrimas, bruscas sacudidas, dolorosos espasmos, que recorrían todo su cuerpo en oleadas. La condujo o, más bien, la llevó hasta el sofá y la acostó en él, pero el llanto no se apaciguaba. Su cuerpo se agitaba convulsamente como si recibiera descargas eléctricas. Un frío terror se apoderó de sus atormentados miembros. Sus nervios llevaban semanas acumulando tensión, una tensión insoportable, que ahora se había roto y desencadenaba este ataque en el que su cuerpo enajenado se retorció sin sentido.

Él trataba de sujetarla. Sentía sus escalofríos. La agarró de las manos, estaban heladas. Besó tiernamente y luego con más ardor, entre temeroso y apasionado, su vestido, su nuca, pero el temblor la sacudía de pies a cabeza. Era como una ola que brotaba de lo más hondo de su ser y, ahora que no había ningún dique que la detuviese, se alzaba turbulenta rompiéndose en sollozos al llegar por fin al exterior. Acarició su rostro frío, bañado en lágrimas, sintió su pulso palpitándole en las sienes. Un miedo indescriptible se apoderó de él. Se arrodilló a su lado para hablarle al oído.

—Irene —dijo mientras la abrazaba—, ¿por qué lloras ahora...? Ya... ha pasado... ¿Por qué sigues atormentándote...? Ya no tienes por qué sentir miedo... No volverá jamás, jamás...

Se estremeció de nuevo, él la sujetó firmemente con ambas manos. Se asustó al ver su cuerpo azotado por la desesperación. Se sentía como un asesino. La besaba una y otra vez, balbuceando confusas palabras con las que pretendía que le perdonase.

—No volverá jamás... te lo juro... No podía imaginarme que te asustarías tanto... Sólo quería llamar tu atención... que recordases nuestro compromiso... Quería que te apartases de él... para siempre... y volvieras con nosotros... Cuando me enteré por casualidad, pensé que no tenía otra elección... no podía hablar contigo directamente... Pensé... pensé que tú vendrías a contármelo... Por eso la envié a ella, a esa pobre mujer, para que te forzara a acudir a mí... No es nadie, se trata de una actriz a la que habían despedido... Se prestó de mala gana a participar en esta comedia... Veo que me equivoqué... pero quería que volvieres... Una y otra vez te he demostrado que estoy dispuesto... que no quiero otra cosa que perdonarte, pero tú no parecías entenderme... Créeme... No quería llevar las cosas hasta este punto... He sufrido mucho... Te he observado a cada paso... Si lo hice, fue por los niños, ¿sabes...? Por los niños... Por eso tenía que forzarte a confesar... Pero ahora todo ha pasado... todo irá bien...

Ella escuchaba muy cerca aquellas palabras que sonaban infinitamente lejanas. Apenas llegó a entender lo que su marido le decía. El rumor del oleaje que se agitaba dentro de ella cubría cualquier otro sonido, un fragor que embotaba los sentidos, que ahogaba cualquier percepción. Sentía el tacto de su piel, sus besos y caricias, sus propias lágrimas, tan frías, pero la sangre bullía dentro de ella, una corriente sorda y, al mismo tiempo, atronadora, que crecía y retumbaba con la furia de mil campanas. No podía pensar con claridad. Perdió la conciencia. Se despertó confusa de su

desmayo, sintió que la desnudaban. Vio el rostro de su marido a través de una nebulosa. La miraba con cariño, preocupado. Luego cayó en una profunda oscuridad. Llevaba mucho tiempo sin conocer el descanso y durmió largas horas cobijada en una negra noche sin sueños.

Cuando abrió los ojos al día siguiente, la luz de la mañana entraba ya en la habitación. Sentía la misma claridad dentro de sí, las nubes se habían disipado y la tempestad que agitaba su sangre se había apaciguado. Trató de recordar lo que le había sucedido, pero todo le parecía un sueño. Aún tenía la sensación de flotar libremente en un ambiente liviano e irreal. Para asegurarse de que estaba despierta tocó sus propias manos.

Bajó la vista hasta ellas y un escalofrío recorrió su cuerpo. En su dedo brillaba el anillo. Ahora se sentía completamente despierta. Las confusas palabras que había oído antes de desmayarse y las sospechas que nunca se había atrevido a confirmar se trenzaban en una realidad deslumbrante. De pronto lo comprendió todo: las preguntas de su marido, el asombro de su amante, todos los nudos se deshacían y por fin pudo ver la espantosa red en la que había estado atrapada. Entonces sintió amargura y vergüenza. Sus nervios volvieron a estremecerse. Casi lamentaba haberse despertado, habría sido mejor seguir durmiendo eternamente, sin miedo y sin sueños.

En ese momento oyó unas risas en la habitación de al lado. Los niños acababan de levantarse y estaban armando todo aquel revuelo como pajarillos que despiertan y celebran con sus trinos el día que acaba de nacer. Reconoció con claridad la voz del muchacho y pensó asombrada cuánto se parecía a la de su padre. Hasta entonces no se había dado cuenta. Una sonrisa voló hasta sus labios y se posó sobre ellos en silencio. Permaneció echada, con los ojos cerrados, para disfrutar plenamente de su vida y ahora también de su felicidad. Aún sentía cierta pesadumbre en el fondo de su corazón, pero era un dolor prometedor, ardiente y dulce a la vez, el mismo ardor que producen las heridas antes de cicatrizar para siempre.

ESTA EDICIÓN, PRIMERA,
DE «MIEDO», DE STEFAN ZWEIG,
SE TERMINÓ DE IMPRIMIR
EN CAPELLADES EN EL
MES DE ENERO
DEL AÑO
2018





STEFAN ZWEIG (Viena, 1881 - Petrópolis, Brasil, 1942). Fue un escritor enormemente popular, tanto en su faceta de ensayista y biógrafo como en la de novelista. Su capacidad narrativa, la pericia y la delicadeza en la descripción de los sentimientos y la elegancia de su estilo lo convierten en un narrador fascinante, capaz de seducirnos desde las primeras líneas.

Es sin duda, uno de los grandes escritores del siglo xx, y su obra ha sido traducida a más de cincuenta idiomas. Los centenares de miles de ejemplares de sus obras que se han vendido en todo el mundo atestiguan que Stefan Zweig es uno de los autores más leídos del siglo xx. Zweig se ha labrado una fama de escritor completo y se ha destacado en todos los géneros. Como novelista refleja la lucha de los hombres bajo el dominio de las pasiones con un estilo liberado de todo tinte folletinesco. Sus tensas narraciones reflejan la vida en los momentos de crisis, a cuyo resplandor se revelan los caracteres; sus biografías, basadas en la más rigurosa investigación de las fuentes históricas, ocultan hábilmente su fondo erudito tras una equilibrada composición y un admirable estilo, que confieren a estos libros categoría de obra de arte. En sus biografías es el atrevido pero devoto admirador del genio, cuyo misterio ha desvelado para comprenderlo y amarlo con un afecto íntimo y profundo. En sus ensayos analiza problemas culturales, políticos y sociológicos del pasado o del presente con hondura psicológica, filosófica y literaria.

Notas

[1] Sillón, butaca. (*N. del E. D.*) <<